

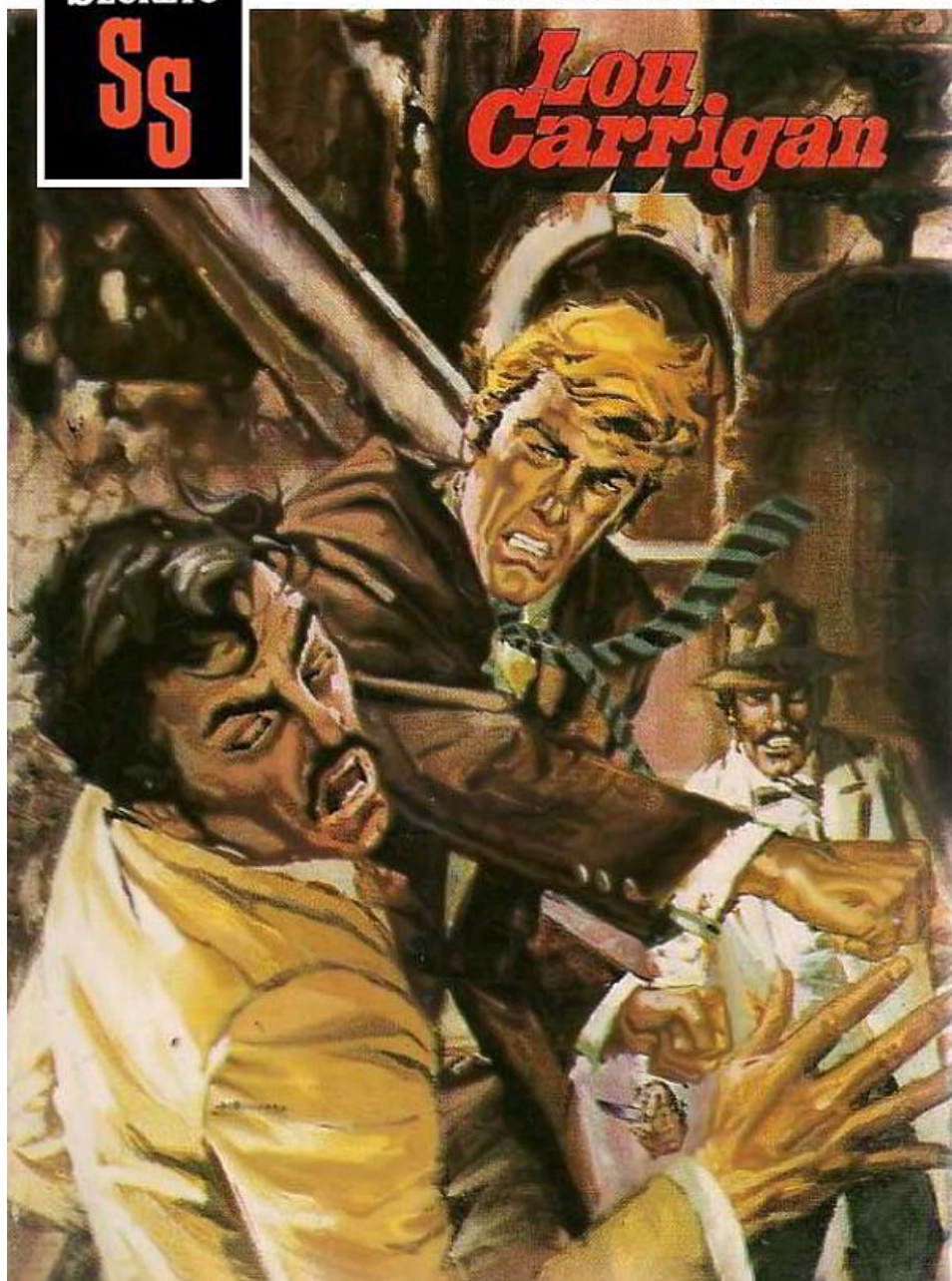
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

LA GRAN SERPIENTE

*Lou
Carrigan*



A lo peor, uno se ha pasado la vida hasta los treinta y tantos años yendo de un lado a otro y conociendo chicas bonitas, pero todo se reduce siempre a la misma monotonía del sexo por el sexo, lo que, sin ser desagradable ni mucho menos, llega a resultar de lo más aburrido.

Y entonces se llega a la conclusión de que todas las mujeres son iguales, que siempre ofrecen lo mismo, y que, por tanto y en definitiva, lo mismo da una que otra, puestos a satisfacer ciertas necesidades. Sí, por bonitas que sean, llega el momento en que uno piensa que lo mismo da una que otra.

Mas de pronto, un buen día, ¡zas!, uno ve una mujer determinada, y entonces siente como si le acabasen de disparar un cañonazo en pleno estómago, y nota una cosa rara en las piernas.



Lou Carrigan

La gran serpiente

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1657

ePub r1.0

Lds 19.02.19

Título original: *La gran serpiente*

Lou Carrigan, 1982

Cubierta: García

ePub modelo

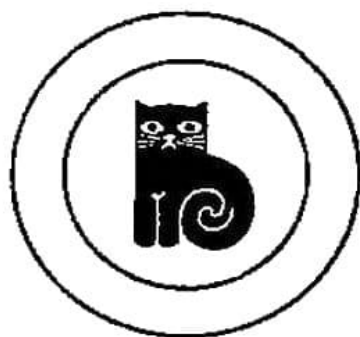
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Son cosas que pasan.

A lo peor, uno se ha pasado la vida hasta los treinta y tantos años yendo de un lado a otro y conociendo chicas bonitas, pero todo se reduce siempre a la misma monotonía del sexo por el sexo, lo que, sin ser desagradable ni mucho menos, llega a resultar de lo más aburrido.

Y entonces se llega a la conclusión de que todas las mujeres son iguales, que siempre ofrecen lo mismo, y que, por tanto y en definitiva, lo mismo da una que otra, puestos a satisfacer ciertas necesidades. Sí, por bonitas que sean, llega el momento en que uno piensa que lo mismo da una que otra.

Mas de pronto, un buen día, ¡zas!, uno ve una mujer determinada, y entonces siente como si le acabasen de disparar un cañonazo en pleno estómago, y nota una cosa rara en las piernas.

Son cosas que pasan.

Y justamente esto le pasó aquella tarde a un tal Nick Bolter, un tipo alto, rubio, atractivamente feo, y con una expresión de buen muchacho que partía el corazón. Para cualquiera que lo mirase sin pretender profundizar en sus ojos claros, Nick Bolter era la representación de la vida apacible y feliz. Era como un enorme gato, todo potencia y agilidad, pero que se contenta con contemplar afablemente a los ratoncitos mientras éstos juegan cerca de él. Enternecedor.

En fin, cosas que pasan.

Lo que le pasó aquella tarde a Nick Bolter fue que vio a la muchacha de los ojos negros.

Más negros no podían ser.

Pasaron muy cerca de él (los ojos negros), incrustados en el

lindo rostro, y rodeados de una hermosa mata de cabellos igualmente negros, suavemente ondulados. ¡Qué maravilla de criatura!, pensó Nick Bolter. Porque si el rostro era bello, el cuerpo le hacía honor cumplidamente. Un cuerpo alto, esbelto, magníficamente proporcionado. Y además, la chica sabía vestir, ¡vaya si sabía!

«Francesa —pensó Nick—... ¡Seguro que es francesa!».

Pero esto ya era más discutible. Ciertamente que estaba en Francia, concretamente en Marsella, y más concretamente todavía en el Jardín Zoológico de esta ciudad, pero eso no tenía que significar forzosamente que la muchacha fuese francesa. Esto aparte, Nick Bolter estaba ya más que escamado de sorpresas en este sentido, así que tachó mentalmente lo de seguro que es francesa, luego tachó lo de simplemente francesa, y finalmente, se dijo: *parece francesa*.

Lo cual significaba que iba recuperando sus facultades profesionales, que se iba reponiendo del cañonazo en el estómago. De modo que, entonces, dedicó un instante su atención al hombre que había aparecido precediendo a la muchacha.

Ni comparación, vamos. Mediana estatura, unos cincuenta años, casi calvo completo, lentes, traje vulgar, portafolios en la mano izquierda, paraguas en la derecha. Vaya mil veces más la pena seguir mirando a la muchacha.

Así que la clara y plácida mirada de Nick Bolter buscó a la chica. Ella estaba muy cerca de él, sacando de su bolso de mano un cigarrillo, mientras miraba a los monos. Nick Bolter tenía encendedor, pero le pareció de lo más vulgar recurrir al viejo truco de ofrecer fuego.

La chica no se merecía esa clase de contacto.

Así que esperó a que ella encendiera el cigarrillo. Y justo entonces, cuando ella estaba guardando su encendedor, su mirada se conectó con la de Nick Bolter.

Nick Bolter sonrió. No como sonríen los guapos profesionales, que parecen decir mira qué guapo y virilote soy, nena, sino como se debe sonreír a una mujer, esto es, expresando con la mirada algo así como eres preciosa, criatura, ¡da gusto verte!

Entonces, la chica también sonrió, y esto tuvo como resultado que Nick sintiese de nuevo el cañonazo en el estómago, así que su sonrisa se convirtió en una mueca. Lo que sorprendió no poco a la

muchacha, que frunció el ceño en un gracioso gesto de desconcierto. Lo cual hizo sonreír de nuevo a Nick. Lo cual casi arrancó una carcajada a la muchacha.

Nick se acercó a ella, y dijo:

—Hola, ¿qué tal?

—Hola. Muy bien —dijo ella, también en francés.

—Me alegro.

—Gracias. ¿Cómo está usted?

—Estupendamente, porque acabo de enamorarme.

—¿De alguna mona? —señaló ella el montón de monos aullantes, riendo.

—No. De usted.

—Ah. Bueno, le alabo el gusto, señor.

—Me llamo Nick Bolter, y soy norteamericano.

—Yo me llamo Maggie Stone-Clayton, y soy británica.

—¡Oh, no!

—No ¿qué?

—Pensé que era francesa.

—Lamento su decepción. Usted no me ha decepcionado a mí. Nada más verle he pensado que era norteamericano.

—Dios le conserve la vista —sonrió Nick—. ¿Aceptaría usted un café en cualquier sitio agradable?

—Bueno.

—¿Y cenar luego conmigo?

—¿En otro sitio agradable?

—¡Naturalmente!

—De acuerdo.

—Espléndido. ¿Puede esperarme aquí unos minutos? Tengo que sostener una conversación con el señor Arlington. Ya sabe —los ojos de Nick Bolter expresaron una sonrisa amable—: el hombre al que usted ha llevado siguiendo, señorita Stone-Clayton. Me refiero al calvo del portafolios y el paraguas.

—Ah.

Se quedaron mirándose, él sonriente, ella seria. Pero de pronto, Maggie Stone-Clayton recuperó su maravillosa sonrisa, y Nick amplió la suya.

—Claro que puedo haberme equivocado, señorita Stone-Clayton, y todo haya sido una coincidencia. Las coincidencias existen.

—No en nuestro trabajo —continuó sonriendo ella—. Generalmente, todo está bien medido y calculado. Por supuesto, usted es de la

C. I. A.

—Y usted del Intelligence Service británico. ¿A que sí?

—No.

—¡Oh, vamos...!

—Le aseguro que no, señor Bolter. No soy una espía o contraespía británica al servicio de Su Majestad. Pero soy espía, eso sí.

—No entiendo bien eso, perdone.

—Soy espía industrial.

En el rostro de Nick apareció un conato de estupefacción. Luego, desvió la mirada hacia el calvo del portafolios y el paraguas. Volvió a mirar a la muchacha.

—¿Quiere decir que el señor Arlington la ha citado aquí?

—No, no. Simplemente, lo vengo espiando hace un par de semanas. Bueno, no a él, sino a *Sir Cedric Updike*. Pero mientras *Sir Cedric* permanece en su alojamiento, su ayudante el señor Arlington sale y entra, hace cosas, así que le sigo siempre.

—Muy profesional —asintió Nick—. Dígame, si es tan amable: ¿quién o *qué* es *Sir Cedric Updike*?

—Un inventor británico.

—Un inventor británico... Inventor ¿de qué?

—¡Cualquiera sabe! Pero sea lo que sea lo que *Sir Cedric* invente vale la pena conseguirlo.

—¿Quiere decir... robárselo?

—Claro. Para eso estamos los espías industriales. Aunque en ocasiones, si hay que pagar, pues se paga. A mí, personalmente, eso de pagar no me gusta nada —sonrió Maggie—: disminuye mucho los beneficios, ¿sabe?

—Lo comprendo —sonrió también Nick—. ¿Trabaja usted por su cuenta?

—No, no. Estoy empleada en una... agencia.

—Ya, ya. Bueno, señorita Stone-Clayton ha sido usted muy amable al informarme de todo esto.

—Claro que no he sido amable —refunfuñó Maggie.

—¿No? Pues yo diría...

—Escuche, señor Bolter, yo soy una mujer valiente y decidida, sé manejar armas, soy cinturón negro de karate y judo, y no le tengo miedo ni siquiera a hombres tan altos y tan fuertes como sin duda lo es usted. Pero, mire, una cosa es pelear contra un hombre como usted y otra cosa es meterme con la

C. I. A..

No estoy loca. De modo que como me he dado cuenta de que usted es listo, que ha comprendido enseguida que vengo siguiendo al señor Arlington, y pese a todo se ha mostrado amable, he pensado que más me valía seguirle la corriente y olvidarme del asunto. No me gusta la

C. I. A.,

de veras. Y lo siento.

—No tiene que disculparse —sonrió de nuevo Nick—. Bien, entonces quedamos que me deja el campo libre.

—¡Qué remedio! —suspiró Maggie.

—Se lo agradezco. Y ahora, si me perdona, voy a charlar con el señor Arlington, que se está impacientando. Por cierto, lo de la invitación a café sigue en pie.

—¿También la cena?

—¿Por qué no? Lo de que me he enamorado de usted es verdad. Y ya en este plan de sinceridad, dígame: ¿yo no le gusto a usted aunque sea un poquito?

—Más bien sí. Aunque no es usted muy guapo, francamente.

—Sí, ya sé eso —frunció el ceño Nick Bolter—. Pero cada cual nace con su cara, y no todos somos tan afortunados como usted. Aunque lo suyo ya no es fortuna: ¡es milagro!

—Es usted muy amable. Me estoy preguntando si lo sería al extremo de permitirme escuchar su conversación con el señor Arlington. Puesto que ya no tengo nada que hacer, me gustaría al menos tener una idea de lo que me he perdido esta vez.

—¡Cómo no! —La tomó de un brazo Nick, muy sonriente—. Venga, venga, charlaremos los dos con el señor Arlington. ¿Va usted armada?

—Sí.

—Bueno, supongo que no cometerá ninguna tontería.

—Ya le he dicho que no estoy loca.

Nick Bolter asintió, y se encaminó hacia donde, visiblemente

impaciente, esperaba el hombre llamado Arlington. Éste los vio acercarse, y durante un par de segundos miró con la misma indiferencia que hasta entonces; pero enseguida, captando la actitud decidida de Nick Bolter, le prestó más atención, finalmente se quedó mirándolo con fijeza.

No había dejado de mirarlo cuando Nick y Maggie se detuvieron ante él. El primero dijo:

—Un hombre con paraguas y un portafolios debía encontrarse conmigo esta tarde a esta hora frente a los monos, y su nombre es Arlington. ¿Lo conoce usted, señor?

—Soy yo —masculló Arlington.

—Bien. Yo soy... quien usted sabe. Pero para facilitar la conversación puede usted llamarme Nick. ¿Le parece bien?

—Sí, sí.

—De acuerdo, entonces. Ah, señor Arlington, le presento a una amiga personal, la señorita Stone-Clayton. Es británica. Primero me pareció francesa. ¡Con este tipo y estos ojos...! En fin, también el Reino Unido tiene derecho a producir belleza, ¿no está de acuerdo?

Waldo Arlington iba mirando de uno a otra rápidamente. Estaba desconcertado, era evidente. Y hasta parecía un poco asustado.

—Escuche usted, Nick, yo no he venido aquí a hacer vida social —murmuró—, sino a negociar. Hice una oferta, y le han enviado a usted. ¿Entiendo que les interesa mi oferta?

—Nos interesa negociar —dijo amablemente Nick—. ¿Qué es lo que usted vende, señor Arlington?

—La Great Snake.

—¿La Gran Serpiente? —intervino Maggie—. ¿Qué es eso?

—Considere mía también esa pregunta —dijo Nick.

—Y consideren los dos mi negativa absoluta a contestar —replicó Arlington—. Quiero un millón de dólares a la entrega de la fórmula, y otros dos millones cuando me instale en América del Sur. Si esto le interesa a usted, Nick, dígame dónde y cuándo me entregará el primer millón, y yo llevaré entonces la fórmula.

—¿No la lleva en el portafolios?

—Claro que no. Es sólo la presentación, como el paraguas.

—Por supuesto. Bueno, señor Arlington, a mí no me impresiona la cantidad total que usted exige, ya que no voy a tener que pagarla de mi bolsillo, por otra parte muy pobre. Pero las personas que sí

podrían pagar tres millones de dólares me preguntarán qué es lo que vamos a comprar, y comprenda usted que no les satisfará mi explicación de que se trata de una... gran serpiente.

—Dígales usted a esas personas que por cada dólar pagado ahorrarán en el futuro un millón de dólares.

Maggie lanzó una exclamación. Nick se quedó mirando a Arlington con expresión inescrutable. Por fin, murmuró:

—Muy bien, señor Arlington. Sólo una pregunta más, y espero que ésta sí la conteste usted: ¿nos está vendiendo algún arma?

—No. No se trata de armamento. Digamos que es un procedimiento... industrial. Nick sonrió, mirando de reojo a Maggie, que había abierto muchos los ojos.

—De acuerdo —asintió Nick—. Dígame adónde puedo llamarlo en cuanto sepa...

—Dentro de tres días, a la misma hora, podemos volver a encontrarnos aquí —cortó Arlington—. ¿Es tiempo suficiente para sus consultas?

—Espero que sí. Pero aunque todavía no tuviera la respuesta definitiva yo acudiría a...

—Nick —murmuró Maggie—. Nick.

Bolter la miró. Ella no le estaba mirando a él. Miraba por encima de un hombro de Waldo Arlington hacia detrás de éste, bajos los párpados en lo posible. Nick Bolter siguió la dirección de aquella mirada, y vio a los dos hombres parados junto a un árbol. En absoluto parecía que los dos hombres les estuviesen prestando atención, pero las apariencias no significaban nada para Nick Bolter.

—Si hay dos ahí —murmuró— significa que por lo menos debemos tener otros dos a nuestra espalda. No se altere, señor Arlington, pero le están vigilando.

—¿A mí? —jadeó Arlington, lívido—. ¡Claro que no!

Nick le miró entornando los párpados. Sacó su paquete de cigarrillos, ofreció a Arlington, que rechazó con un gesto, y se volvió a medias entonces para ofrecer a Maggie, que negó también, sin dejar de mirar los ojos de Nick, que se habían desviado hacia su derecha.

—¿Hay más? —susurró.

—Claro. Otros dos, detrás nuestro. Tal como están las cosas. —

Nick encendió el cigarrillo—, creo que debe venir usted con nosotros, señor Arlington. Tengo un coche en...

—No... ¡No! ¡No iré con ustedes! ¡Son unos cerdos, me han tendido una trampa, creyendo que traería la fórmula, para robármela sin pagar...! ¡No iré con ustedes!

Dio de pronto media vuelta, y echó a correr, alejándose de Nick y Maggie, mientras el primero gritaba:

—¡Vuelva aquí, idiota, vuelva o...!

No se oyó disparo alguno.

Pero, a pocos pasos de distancia, Waldo Arlington dio una trágica voltereta no poco espectacular, lanzando un chorro de sangre y masa encefálica por el tremendo boquete que una bala había producido en su cabeza.

CAPÍTULO II

La reacción de Maggie y Nick fue tan veloz, tan implacable, que sólo el afán de supervivencia podía explicarla.

Todavía estaba dando Arlington su trágica voltereta cuando la pequeña pistola aparecía en la diestra de Maggie Stone-Clayton y emitía lo que pareció un ridículo ladrido. Casi al mismo tiempo, la automática silenciosa de Nick Bolter dejaba oír dos chasquidos metalizados.

Unos treinta pasos más allá, junto al árbol, el hombre que acababa de matar a Arlington recibió en plena frente la bala disparada por Maggie, y cayó de rodillas, bizcos los ojos. Casi simultáneamente, las dos balas disparadas por Nick arrancaban brutalmente del suelo al otro sujeto, y lo tiraban como un guiñapo contra el tronco del árbol, donde rebotó grotescamente...

—¡Corre! —gritó Nick—. ¡Corre, corre!

Maggie corría ya, en dirección al cadáver de Waldo Arlington, que yacía cara al cielo, formando una gran X. Nick se había vuelto hacia los otros dos hombres, que habían sacado ya sus armas, pero que alucinados por la formidable puntería de Maggie y Nick, dieron preferencia a su protección personal y no a su ataque. Uno de ellos se zambullía en un arbusto, mientras el otro saltaba hacia detrás de un árbol grueso de rugoso tronco..., donde la bala disparada por Nick Bolter arrancó un puñado de astillas frescas.

—¡Nick! —gritó Maggie—. ¡Lo tengo!

Ella mostraba el portafolios de Arlington en alto, pero arrodillada en el suelo, ofreciendo un blanco reducido, y por supuesto sin dejar de mirar hacia donde habían estado los dos hombres a espaldas de ellos.

Nick hizo, simplemente, lo más adecuado. Como los gatos, que

escapan mientras pueden hacerlo, y plantan cara cuando no tienen más remedio. Dio la vuelta y echó a correr en dirección a Maggie, que estiró el brazo y disparó una sola vez. Detrás de Nick se oyó el alarido de dolor, pero, casi al mismo tiempo, llegaba la bala disparada por el otro sujeto, y el impacto, en el muslo, derribó a Nick Bolter, que tras rodar por el suelo quedó de nuevo en pie, para continuar corriendo hacia donde corría ya Maggie Stone-Clayton.

No había ni rastro del público que segundos antes se solazaba paseando por los jardines y contemplando micos y patos. Primero se habían oído gritos histéricos, se había visto gente corriendo en todas direcciones... Ahora no se veía a nadie. Solo, por detrás de Nick Bolter, apareció el sujeto que le había herido en la pierna, dispuesto a probar fortuna de nuevo.

Maggie disparó rápidamente tres veces. La distancia era excesiva para su pequeña pistola, pero su acción sirvió para que el hombre buscase de nuevo protección tras disparar de cualquier manera contra Nick, que esta vez resultó ileso.

Sin embargo, iba dejando tras él un rastro de salpicaduras de sangre, mientras señalaba hacia delante y gritaba:

—¡Por ahí! ¡Tengo el coche en Flammarion!

Corrieron los dos hacia la salida del Zoológico de la Rué Flammarion, a la que llegaron corriendo a toda velocidad. Algunas personas se volvieron a mirarlos, y lanzaron exclamaciones al ver la sangre que Nick iba salpicando mientras corría. No se había oído en todo el recinto, y menos fuera de éste, un solo disparo. Solo, más tarde, el público más cercano a los protagonistas de la pelea, diría que sí oyeron como unos chasquidos, y que desde luego, vieron armas... Estas explicaciones y tres cadáveres, sería todo lo que tendría poco después la Policía francesa.

Ni siquiera, como pista aceptable, podrían conseguir la matrícula del coche en el que escaparon el hombre y la mujer que se llevaron el portafolios, y ello porque si bien la gente miró al hombre y la mujer, no tuvieron el acierto de mirar la matrícula del coche junto al cual llegaron corriendo.

—Conduce tú —jadeó Nick, entregando las llaves a Maggie—. ¡Y dame ese maldito portafolios!

Ella abrió la portezuela izquierda, entró, y abrió la derecha, por la que entró en el acto Nick. Cuando ella arrancó, él todavía estaba

cerrando la portezuela, que chascó fuertemente. Durante casi un minuto, Maggie condujo en silencio, a velocidad moderada, para no llamar la atención.

Luego, volvió la cabeza hacia Nick, y sonrió.

—¿Adónde te llevo?

—Por un momento —murmuró él—, pensé que tenías algo que ver con aquellos tipos, que formabas parte de la trampa.

—¿Ya no lo piensas?

—Sería una idiotez. Mataste a uno de ellos, y estás aquí con el portafolios, ¿no? Si hubieras formado parte del grupo yo estaría muerto ahora y vosotros tendríais el portafolios.

—Bueno, eres feo, pero no eres tonto —dijo ella—. ¿Adónde te llevo?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—No tengo alojamiento en Marsella, y estoy desconectado. Éste era un trabajo aparte de los rutinarios del servicio, así que he llegado solo y estaba trabajando solo. ¿Dónde estás alojada tú?

—En una lancha alquilada. La tengo en el Vieux Port.

—Ah. Bien... Bueno, yo te había invitado a cenar, ¿no es cierto?

—Es cierto —admitió ella.

—¡Demonios, quiero decir que si las cosas han cambiado bien podrías invitarme tú a mí!

¡No puedo ir por ahí con una pata hecha picadillo!

—Ya será menos —rió ella—. Vamos, no seas llorón.

—Te juro que me duele.

—Pobrecito espía... Oye, no se te ocurra abrir ahora el portafolios: podría tener una bomba dentro.

—No digas tonterías —masculló él—. ¿Quién se iba a molestar tanto para cargarse a un muerto de hambre como yo? Porque no creo que esperasen que viniera a la cita el propio Reagan, digo yo. ¡Maldita sea, estoy poniendo el coche perdido de sangre!

—Es sólo un coche. ¿De verdad te duele?

—Me da la impresión de que tengo un tiburón agarrado al muslo... Oye, te has portado bien, británica. Muy bien, la verdad. ¡Muy bien, demonios!

—Bueno, tranquilízate.

—Estoy tranquilo. Conque una lancha, ¿eh? ¿Por qué una

lancha?

—Me gusta el mar. Y además, así no dejo rastro de mi paso por hoteles, fondas, pensiones o sitios así.

—¿Puedo besarte?

—Ahora, no. En el próximo semáforo, si acaso.

—¡Si acaso...! ¡O quieres o no quieres, eso es todo!

—Tú lo has pedido, no yo. ¿Conoces algún médico en Marsella?

—No.

—Bueno, pero podrás llamar a algún compañero que pueda proporcionártelo, supongo. Mi lancha no tiene radioteléfono, pero si me dices a qué número debo llamar puedo explicarles la situación... Hay muchas cabinas telefónicas camino del puerto.

—¿Tienes botiquín?

—Eso sí, pero...

—Me las arreglaré.

—La pierna es tuya —le miró brevemente Maggie.

Poco después se detenía ante un semáforo en rojo. Nick la miró, sonrió, y agarrándola por los cabellos la atrajo, sin que ella ofreciera resistencia alguna. La besó en la boca, brevemente. Ella le miró, y movió la cabeza, sonriendo.

—El próximo será mejor —dijo Nick.

—Me parece que no lo entiendes —dijo Maggie—: esta noche en lo que menos vas a pensar será en eso. Esa gente no disparaba balas como las mías, así que debes tener un boquete grande como un huevo.

—Hay huevos y huevos —dijo Nick Bolter.

* * *

—Pues este huevo —dijo Maggie—, por lo menos es de paloma, no de jilguero. Y has tenido suerte, créeme. Primero, no te han acertado en el hueso. Y segundo, te dispararon desde lo bastante cerca para que la bala tuviera fuerza para entrar y salir limpiamente.

Habría sido mucho peor que se quedara dentro.

—Si vas a desmayarte, será mejor que yo mismo me haga la cura.

—Voy a ver si lo resisto —rió Maggie—. Tú quietecito.

No había sido fácil llegar a la lancha. Habían dejado el coche en Quai de Rive Neuve, lo más cerca posible de la lancha, pero de todos modos Nick había tenido que caminar. Esto, después de esperar a que, ya de noche, ella fuese a la lancha para traer un impermeable que él se puso, a fin de ocultar el ensangrentado pantalón. Apoyado en Maggie, Nick llegó finalmente a la lancha, para acceder a la cual tuvo que soportar el tremendo dolor del pequeño salto, inevitable pese a la ayuda de Maggie. Y por fin, la cabina de la lancha, cerrada, con dos literas abatibles, en una de las cuales yacía ahora Nick, con la pierna izquierda descubierta desde que ella cortó la pernera del pantalón casi a la altura de la ingle.

Ahora, abierto el botiquín colocado sobre un taburete, el peor momento había llegado. Limpiar y desinfectar la herida en aquellas condiciones no iba a ser precisamente un placer para Nick Bolter.

—Oye, está bien esta lanchita —dijo él—. Muy simpática y confortable. Tus jefes no deben ser tacaños.

—No te las des de espía de película —replicó Maggie—. Te va a doler, y lo sabes perfectamente. ¿Quieres beber algo fuerte?

—Daría cualquier cosa por un trago de vodka.

—Te recordaré esa promesa —rió ella.

De un armarito sacó una botella de vodka Stolichnaya, que tendió a Nick, cuyos ojos se abrieron en un gesto que hizo reír a la espía industrial.

—Lo veo y no lo creo.

—No bebas demasiado: podrías vomitarlo luego.

—Me pregunto con quién demonios crees que estás tratando. ¿Con un alfeñique?

Bebió un largo trago. Quince segundos más tarde, Maggie inició la cura. Nick Bolter no la resistió ni siquiera cinco segundos. Sus ojos se pusieron en blanco, y perdió el conocimiento. Maggie puso a salvo la botella, y se dedicó a terminar la recién comenzada cura. En diez minutos, la pierna de Nick estaba muy bien vendada, limpia y desinfectada la herida... hasta donde Maggie Stone-Clayton sabía. No se le podía pedir más.

La muchacha se lavó las manos. Luego, cuidadosamente, procedió a registrar a Nick Bolter. Tabaco, encendedor, pañuelo, monedas y billetes franceses, un resguardo de alquiler de coche..., y un pasaporte norteamericano a nombre de Nicholas Bolter, que

Maggie examinó atentamente, sonriendo.

—Caramba, ¡qué maravilla! —exclamó.

Nick Bolter comenzó a agitarse. Ella devolvió todo a sus bolsillos. Luego, agarró el portafolios de Waldo Arlington, y se sentó en el taburete, junto a la litera. Nick Bolter parpadeó, dejó los ojos abiertos fijos en el techo, y luego, despacio, ladeó la cabeza, miro a Maggie, y masculló:

—Pues lo soy: ¡un maldito alfeñique!

—Claro que no —sonrió ella—. ... ¿Quieres otro trago? Puedo preparar unos bocadillos, también.

—Había pensado invitarte a una cena a la francesa. Ya sabes: lo mejor.

—Otra vez será.

—El caso es que me habría gustado cenar hoy una estupenda *Bouillabaisse á la rouille...*, o tal vez *Gratin de langouste Cardinal*. Con una botella de *Taradeau*.

—¿Champaña, no? —rió Maggie.

—También, también. El champaña siempre me produce risa.

—Pues nos vamos a reír, porque champaña sí tengo. Pero la cena será a base de bocadillos de jamón.

—¿De verdad tienes champaña?

—Siempre frío. ¿Qué te creías? Los espías industriales no somos tan poderosos como la

C. I. A.,

pero desde luego somos menos tacaños. Vuelvo enseguida. —Deja el vodka aquí. Y el portafolios. ¿O lo has abierto ya?

—No. Todo lo que he hecho ha sido registrarte los bolsillos.

—Ah, bueno. Necesitaré unos pantalones.

—No esta noche. Por la mañana me encargaré de comprarte ropa..., siempre y cuando no decidas que nos separemos. Es absurdo que temas algo de mí. ¿Crees que me servirá de algo conocer el teléfono de tus compañeros de la

C. I. A.

en Marsella? Ellos te cuidarán mucho mejor. Y además, yo tengo cosas que hacer, no creas que voy a pasarme el tiempo cuidándote.

—¿Qué cosas tienes que hacer? Lo que pudiera interesarte de este asunto debe estar aquí —señaló Nick el portafolios.

—Lo dudo.

—Trae un cuchillo, o algo así. Vamos a abrirlo ahora mismo. ¡Y olvida esa tontería de una bomba o algo parecido!

Tres minutos más tarde, el portafolios estaba abierto, sin que explotara artefacto alguno. No había bomba, ni nada parecido. Y puestos a no haber, simplemente no había nada. Nada. Los dos miraron y remiraron en el fondo, y en los varios compartimientos. Nada. Bolter tiró el portafolios a un lado, y gruñó:

—¿Qué hay de esa cena?

—¿Qué crees tú que puede ser eso de la Gran Serpiente? —musitó Maggie.

—No tengo la más remota idea.

—¿De verdad? —Lo miró fijamente Maggie.

—Palabra de espía con honor —sonrió Nick.

—Voy a preparar los bocadillos.

—Maggie.

—¿Sí? —Alzó ella las cejas.

—Gracias... Sinceramente, gracias.

—No te bebas todo el vodka —sonrió ella—. A mí también me gusta.

Abrió un armarito, y enseguida emitió un chasquido de disgusto con la lengua y se volvió hacia Nick. Éste alzó un dedo, muy sonriente él, y dijo:

—No me lo digas: se te ha terminado el pan.

—Así es —parpadeó ella—. ¿Cómo lo has adivinado?

—Soy un fenómeno. Y tú, ahora, claro, tendrás que salir a comprar pan en cualquier charcutería, o en un restaurante, donde sea.

—Me parece que no tengo más remedio, ¿no?

—Hay otras cosas. Recuerda: no sólo de pan vive el hombre.

—También de jamón —rió Maggie—. Pero, digan lo que digan, un bocadillo de jamón necesita pan. Así que saldré a comprarlo.

—¿A quién le alquilaste la lancha?

—A un hombre, no le conozco.

—A un hombre. Bueno, entonces seguro que debe haber en alguna parte algo de ropa suya. Mira a ver si encuentras unos pantalones, sean como sean. No puedo ir por ahí con una pierna desnuda, aunque lleve impermeable. Quiero decir que voy a acompañarte.

—¡Qué tontería! Para comprar pan no necesito...

—Maggie, no lo estropees, cariño. Me estaba preguntando a qué truquillo recurrirías, y debo admitir que lo del pan es nuevo. Pero no vas a dejarme aquí solo mientras tú vas a rondar de nuevo a *Sir Cedric Updike*. Reconozco que has hecho incluso demasiado por mí, un desconocido, a fin de cuentas, y ya te he dicho que te lo agradezco sinceramente. Pero nuestra relación no va a terminar así y ya, sino que llegará más lejos. Por lo menos, hasta el domicilio de *Sir Cedric Updike*, que naturalmente tú sabes dónde está, puesto que lo has estado vigilando estos días. Bueno, eso es todo. Iremos juntos.

—No vas a poder caminar.

—Lo que no puedo es correr, saltar y bailar —sonrió de lo más amistoso Nick Bolter—, pero... ¿qué te apuestas a que sí puedo caminar, aunque sea arrastrando la pierna?

—Buscaré unos pantalones por aquí —sonrió también Maggie—. Pero te estás jugando la pierna..., y la perderás.

—Me compraré una ortopédica de oro. Es decir, espero que mis jefes me la regalen cuando les lleve una fórmula que permitirá ahorrar un millón de dólares por cada dólar gastado. No es moco de pavo, digo yo. Y otra cosa: si estás pensando en alejarte corriendo de mí, simplemente, y seguir tú sola con el asunto, pues muy bien. Pero recuerda que no estoy solo, que detrás de mí está la C. I. A... y que yo te conozco. ¿Cuánto crees que tardarían en encontrarte?

—Podría matarte, y así no dirías nada —sugirió Maggie, apuntando de pronto a Nick con su pequeña pistola silenciosa.

Nick Bolter no dijo nada. Su rostro ni siquiera se alteró. Se quedó mirando fijamente a Maggie Stone-Clayton, y eso fue todo. Durante media docena de segundos ella le estuvo apuntando al pecho, con una firmeza de pulso no poco insólita, también inexpresivo su bello rostro.

De pronto, sonrió.

—¿No tienes miedo? —preguntó.

—Los tengo aquí arriba —dijo Nick, tocándose la garganta—. Pero son cosas que pasan, cosas del oficio. No te guardaré rencor.

—Haremos un trato, Nick. Podemos hacerlo, ya que esa fórmula es sólo económica, no implica poderío bélico, sino riqueza, al parecer. Y repartir la riqueza no es malo, ¿verdad?

—De acuerdo. Si conseguimos la Gran Serpiente, una copia para cada uno. *Fifty-fifty*.

Maggie se guardó la pistola en el escote, y dijo:

—Te buscaré unos pantalones.

CAPÍTULO III

Sir Cedric Updike residía en un pequeño y discreto chalé con un pequeño jardín delantero en el que había varias mimosas, sito en la Avenue du Pare Borély, entre el parque de este nombre y la Avenue du Prado, y relativamente cerca del Promenade de la Plage.

Era una avenida tranquila, silenciosa, sin circulación rodada, pues terminaba en el parque. La iluminación era discreta. Todo era discreto y tranquilo allí. No había muchos automóviles estacionados en aquel momento, y apenas si vieron cuatro o cinco peatones. Maggie señaló la casa, en la que se veía luz.

—Ahí es. ¿Y ahora?

—Me pregunto si *Sir Cedric* está ya enterado de que Arlington ha muerto. La lógica indica que no, pues si se hubiera enterado lo más seguro es que se habría marchado, asustado.

—Quizá no se lo han permitido.

Nick miró a Maggie, y asintió.

—Sí. Había nada menos que cuatro hombres siguiendo a Arlington. Si le siguieron a él, te siguieron a ti. Y por supuesto, si enviaron a cuatro hombres detrás de Arlington significa que había más vigilando la casa. ¿Tú no viste ninguno?

—No. Pero estoy de acuerdo contigo. Y ahora, veamos qué hicieron los del zoológico. Por supuesto, no se detuvieron a recoger a los dos muertos ni a Arlington, sino que escaparon, uno de ellos herido. ¿Qué es lo primero que hicieron?

—Avisar a los que quedaban vigilando la casa de lo que había sucedido en el parque —masculló Nick.

—Lo que significa que, ya complicadas las cosas, esa gente debe haber decidido pasar a la acción directa.

—De donde se desprende que están dentro de la casa,

presionando a *Sir Cedric* para que les entregue la fórmula.

—Que están... o que han estado pero ya se han ido.

—¿Dejando las luces encendidas?

—¿Por qué no? Ellos no van a pagar la factura. Lo menos preocupante es lo de las luces: me pregunto qué ha pasado con *Sir Cedric*.

—Sí, eso es más preocupante. Bueno, charlando no resolveremos nada. O entramos o no entramos.

—Espérame aquí. Echaré un vistazo.

—No estoy en condiciones de acompañarte, pero te esperaré ante el volante y con el motor en marcha, por si hay que salir pitando.

—Ésa es una buena idea —aprobó Maggie.

Se apeó del coche, del cual se alejó en dirección opuesta al chalé que les interesaba.

Nick Bolter se las arregló para trasladarse al asiento del conductor, farfullando sin cesar. Lo que le estaba sucediendo con la pierna era peor que si le doliese: la tenía insensible, lo cual no le gustaba nada. Maggie se la había vendado con tiras de sábana por encima de las vendas normales, hasta el punto de que luego había resultado difícil embutirle los viejos pantalones que encontró en un armarito, y que, como era de temer, resultaban cortos para Nick.

«Ella tiene razón —reflexionó Nick—, es una tontería arriesgarme a perder la pierna. No voy a tener más remedio que recurrir a ellos, para que me proporcionen un médico...».

Ni siquiera se molestó en seguir con la mirada a Maggie. Sabía que ella se las arreglaría para entrar en la casa por la parte de atrás, o al menos fisgar por aquella parte del jardín. No tenía importancia cómo lo hiciera, pero sabía que requeriría su tiempo, y se armó de paciencia.

—Espía industrial —gruñó... ¡Bah! Aunque a lo mejor sí lo es. Tendría gracia. ¡Y cómo dispara...! Donde pone el ojo pone la bala. ¡Qué narices de espía industrial, hombre!

Lo cierto y seguro era que se había enamorado de ella nada más verla. La cuestión estaba en si aquel súbito enamoramiento podía o no durar toda la vida, pero existir, ¡vaya si existía! No era nada extraordinario, por otra parte, enamorarse de una muchacha como Maggie Stone-Clayton. La difícil era lo contrario, precisamente. Sí,

era demasiado bonita. Demasiado. De-ma-si-a-do. ¿O era de-ma-sia-do? Se quedó cavilando sobre los diptongos unos segundos. Luego, comenzó a mirar alrededor, más que nada para despejarse. Se estaba amodorrando, debido a la fiebre.

Transcurrieron casi quince minutos antes de que viera, a Maggie salir del chalé de *Sir* Cedric Updike, con toda naturalidad, y caminar hacia el coche. Maggie llegó, y se sentó a su lado.

—*Sir* Cedric está en casa —dijo.

—¿Lo han matado? —murmuró Nick.

—Sí. También han matado a otro hombre, que, como *Sir* Cedric, lleva una bata blanca.

Era su otro ayudante, un tal Dennison. Los dos están en el laboratorio.

—De modo que hay un laboratorio en esa casa.

—Sí, Nick, ¿realmente no sabías nada de esto? ¿De verdad sólo sabías que tenías que encontrarte con un hombre en el zoológico esta tarde?

—De verdad. Supongo que Arlington fue quien se las arregló para concertar la cita con alguno de mis compañeros.

—Bueno, pero tus compañeros...

—No, no, no, Maggie. De verdad. Arlington arregló el encuentro sin darse a conocer. Y mi servicio me envió a mi.

—¿Por qué a ti?

—Bueno, hasta ahora nunca he metido la pata. Y hablando de patas: tengo la sensación de que la mía es de corcho.

—Hay teléfono en la casa. Si me dices el número de tus...

—Iré allá contigo, a ver si así me reanimo un poco. Prefiero el dolor a esta sensación de no tener pierna. ¿Me ayudas?

Maggie salió de nuevo del coche, y pasó al otro lado. Ayudó a salir a Nick, cerró la portezuela, y se encaminaron hacia el chalé, abrazados por la cintura. Un poco por detrás de ellos se detuvo un automóvil, del que se apearon un hombre y una mujer, riendo, y fueron hacia la casa ante la cual se habían detenido.

—Me encanta la gente que ríe —dijo Nick—. Dime, ¿te acostarías conmigo, Maggie?

—¿Para qué?

—¡Mujer...!

—Bueno, ya sé para qué, claro. Lo que quería preguntar es: ¿qué

objeto tendría que hiciéramos el amor? —Estoy enamorado de ti.

—¡Vaya una cosa! Si tuviera que hacer el amor con todos los hombres que se enamoran de mí no saldría nunca de la cama.

—Eso también es verdad.

—Y además, una cosa es estar enamorado y otra cosa es amar... ¿O no?

—Tienes razón —masculló Nick.

—¿Y tú me amas? ¿O sólo estás enamorado de mi cuerpo?

—Caray, vaya un modo de plantear las cosas... Oye, parece que la pata se me está despertando: empieza a dolerme de veras.

—Estás loco —aseguró ella—. Tendrías que haberte quedado en la lancha.

—¿No tienes la sensación de que hace mucho mucho tiempo que nos conocemos?

—Algo parecido —aceptó Maggie—. Digamos que me siento relajada y tranquila contigo.

—¿Pero no enamorada?

—Nick, déjate ya de tonterías, ¿quieres?

Nick Bolter no contestó. Llegaron a la casa, cuya puerta había dejado abierta Maggie. La cerró ahora, ya dentro los dos, y señaló hacia el fondo.

—Entré por la ventana de un dormitorio. El laboratorio está junto a ese dormitorio.

Caminaron hacia el laboratorio, todavía abrazados por la cintura. Se detuvieron en el umbral. Nick lanzó un vistazo alrededor, y por último miró a los dos hombres con bata blanca que yacían en el suelo, separados un par de metros uno de otro. El que estaba más cerca de ellos debía tener unos treinta y cinco años. El otro, que yacía cara al techo, muy abiertos los ojos, quizá alcanzaba los sesenta, y llevaba barba. En el pecho sobre la blanca bata, destacaba el amplio manchurrón de sangre ya convertido en costra.

—Supongo que el de más edad es *Sir Cedric* —murmuró Nick—. ¿Has visto algo interesante antes?

—No. Pero podemos buscar.

—Lo que significa que tienes la esperanza de que los que han matado a *Sir Cedric* y a su ayudante no hayan encontrado la Gran Serpiente.

—No perdemos nada buscando —encogió un hombro Maggie.

—Tal vez no, pero me parece que mi herida está empezando a sangrar.

—Entonces, insisto en lo del teléfono. Vamos a la salita, llamas desde allá, y esperamos a tus amigos. Quizá entre todos encontremos algo que valga la pena.

—¿No deberíamos avisar a la policía? —La miró un tanto irónicamente Nick—. A fin de cuentas, tenemos dos cadáveres ante las narices.

—Aunque venga la policía, seguirán muertos. Vamos a la salita.

Maggie guió la marcha. Entraron en la salita, cuya luz también estaba encendida. Pero ahora había en la salita algo que no había estado antes, cuando Maggie echó un vistazo: tres hombres armados de automáticas silenciosas, por supuesto apuntándoles. Uno de los hombres estaba sentado en un sillón colocado a la derecha de la entrada, y en su pierna derecha se veía la mancha de sangre seca. Los otros dos estaban de pie, colocados estratégicamente.

Ni Maggie ni Nick lanzaron exclamaciones, ni nada parecido. Ni siquiera respingaron, aunque, eso sí, tuvieron un leve sobresalto lógico. Acto seguido, Nick miró a Maggie.

—Bueno, en serio, ¿son o no son amigos tuyos?

—De verdad que no —negó ella.

—Pues dos de ellos son los del parque. Y el otro es el que debió quedarse aquí, claro.

—Sí, evidentemente.

—Cuando terminen de aclarar sus ideas —dijo el herido en la pierna—, pónganse de cara a la pared, saquen sus armas con la punta de los dedos de la mano izquierda, y déjenlas caer al suelo. Luego, aléjense de ellas hacia el centro de la sala, con las manos sobre la cabeza.

—El no puede caminar —dijo Maggie—. Tengo que ayudarle.

—Se las arreglará solo —rechazó el herido—. Y no me haga enfadar, jovencita, o a cambio de la bala que me metió antes en la pierna le voy a meter yo a usted una en un sitio que me sé. Hagan lo que les he dicho.

Lo hicieron ambos. Fue visiblemente penoso para Nick caminar hacia el centro de la sala con las manos en la cabeza, pero lo logró, cuando se detuvo estaba lívido. Señaló un sillón con la barbilla.

—¿Puedo sentarme? —susurró.

—No. Lo que vamos a hacer ahora es hablar. Veamos: ¿quiénes son ustedes?

Nick Bolter apretó los labios, pero Maggie se apresuró a explicar:

—El se llama Nick Bolter, y es de la

C. I. A..

Yo soy Maggie Stone-Clayton, y trabajo como espía industrial.

Los tres hombres, uno de los cuales había recogido las armas del suelo, miraron con más curiosidad a Maggie que a Nick, que permaneció sombríamente silencioso.

—¿Espía industrial? Vaya, esto es nuevo..., aunque muy adecuado para el asunto. ¿Qué tiene usted que ver en este asunto?

—Estaba espiando a *Sir* Cedric, por si él había hecho algo que valiera la pena conocer.

—Perfecto. ¿Y usted? —Miró a Bolter.

—Lo mismo —dijo Nick.

—No es cierto. Ustedes dos estaban citados con Arlington en el zoológico, de modo que déjense de tonterías. ¿Qué clase de relación había entre ustedes y Arlington?

—Eramos novios —dijo Nick.

Maggie respingó, mirando incrédulamente a Nick. Los tres hombres también se quedaron mirándolo, en silencio, durante unos segundos.

—Es usted muy gracioso —dijo por fin el herido—. El clásico norteamericano fanfarrón. Pero ya le metimos antes una bala en el cuerpo, y ahora lo va a pasar peor si no deja de chulear. ¿Qué clase de relación había entre ustedes y Arlington?

—Escuchen, Nick y yo nos conocimos allá, lo crean o no —se apresuró a explicar Maggie—, y sólo seguimos juntos por las circunstancias. Ya les he dicho que él es de la

C. I. A.,

y estaba allá porque Arlington se las había arreglado para hacer una oferta, y la

C. I. A.

envió a Nick. Arlington llegó con el portafolios, y...

Maggie explicó lo ocurrido, que ya sabían todos, y la situación de Nick con respecto a Arlington al principio del asunto. Fue escuchada en silencio. Cuando terminó, el sujeto herido hizo un gesto con la cabeza.

—De modo que la fórmula no estaba en el portafolios. Eso puedo creerlo, pues si la hubieran conseguido no habrían venido por aquí.

—Claro que no. —Dijo Maggie—. Ahora son ustedes quienes tienen la fórmula de la Gran Serpiente.

—No la tenemos, jovencita. Si fuera, así ya nos habríamos largado. Estábamos buscándola cuando nos dimos cuenta de que usted rondaba la casa, y luego vimos el coche con su amigo dentro... Nos pareció más práctico dejarles el campo libre para que vinieran aquí que organizar un tiroteo otra vez, así que nos escondimos. ¿No les dijo Arlington dónde tenía la fórmula?

—No. Y se me ocurre que quizá *Sir Cedric* todavía no la había terminado...

—Eso pensábamos nosotros, y por eso nos limitábamos a vigilar, a la espera del gran momento. Cuando vimos salir a Arlington con el portafolios, pensamos que tal vez ya estaba todo terminado, pero quisimos asegurarnos, ver qué hacía. Ahora sabemos que la fórmula está terminada, y sin duda hace varios días, pues de otro modo Arlington no habría hecho la oferta a la

C. I. A..

Sí, la fórmula está terminada, pero nosotros no la hemos encontrado aquí, y Arlington no la llevaba, si hemos de creerla a usted. Entonces, ¿dónde está?

—Nosotros no lo sabemos —dijo Maggie.

—Seamos lógicos. *Sir Cedric* debe tener la fórmula en algún lugar de esta casa, y además, está claro que Arlington consiguió una copia, que es la que pensaba vender a la

C. I. A.

—Le digo a usted que Arlington no llevaba la fórmula.

—Entonces, la dejó escondida en algún sitio antes de acudir a la cita con el señor Bolter, ¿no?

—Supongo que sí. Aunque también es posible que la copia que él consiguió esté en esta casa, en un sitio diferente al que utilizaba *Sir Cedric* para guardar sus cosas.

El herido asintió, y miró a Nick.

—¿Usted no dice nada, señor Bolter?

—¿Para qué? Ustedes dos lo están haciendo muy bien.

—Me parece que está un poco enfadado con su amiga —sonrió el sujeto.

—Habla demasiado —gruñó Nick.

—Sí, es cierto, habla demasiado, pero si se ha fijado ella no ha dicho absolutamente nada que nos sea de utilidad. O es muy hábil, o realmente no sabe nada más que lo que ha dicho.

—Le aseguro que no sé nada más —saltó Maggie.

—¿Usted tampoco, señor Bolter? —preguntó el herido.

—Tampoco. Pero quizá *sir* Cedric tenga una caja fuerte, y la fórmula esté allí dentro. —*Sir* Cedric, en efecto, disponía de una caja fuerte, pero la fórmula no está en ella. Haga otra sugerencia, señor Bolter.

—No se me ocurre ninguna.

—¿Señorita Stone? —Miró el herido a Maggie.

—Lo siento, ya no sé qué más decir.

—En ese caso, ambos han dejado de sernos útiles, así que vamos a matarlos. Son ustedes demasiado pelig...

Fue sorprendente.

Y sobre todo, espantoso. La cabeza del herido reventó de pronto, y fue echada contra el respaldo del sillón con tal fuerza que el rebote arrastró al hombre hacia el suelo. Para entonces, todos habían oído el chasquido del disparo en la puerta de la sala, y cada cual reaccionó de una manera diferente. Maggie saltó hacia la pistola que había escapado de la mano del herido ahora muerto, mientras Nick, incapaz de saltar, se dejaba caer al suelo, estirándose también para conseguir la pistola.

Por su parte, los otros dos sujetos giraron rápidamente hacia la puerta..., mientras se oía el estrépito de los cristales de una de las ventanas al ser destrozados.

Todo sucedió en un segundo escaso.

En la puerta, el hombre que había disparado, y otros dos más, derribaron a balazos a los dos amigos del herido, mientras en la destrozada ventana aparecía la cabeza y los hombros de otros hombres, cuya pistola apuntó directa y firmemente a Maggie.

—¡Quieta ahí! —gritó el hombre.

La mano de Maggie quedó crispada en el aire a pocos centímetros de la pistola. Muy cerca de ella, tendido de bruces, Bolter lanzó una ahogada maldición, y se quedó mirando hoscamente al sujeto de la ventana.

Los otros dos se apresuraron a terminar de entrar en la sala, y

uno de ellos recogió la pistola que tan cerca estaba de la mano de Maggie, mientras el otro recogía las de los otros dos y la de Nick y Maggie.

—Tenemos todo un arsenal —dijo, mirando al de la ventana—. Nikos, será mejor que entres. Nosotros los vigilamos.

El de la ventana asintió, y desapareció. A los pocos segundos aparecía en la sala, tranquilamente.

—Esto no le va a gustar a Aleko —dijo.

—Me parece que no. Ve a ver si es cierto que *Sir Cedric* está muerto o todavía se puede hacer algo por él.

—¿Son ustedes amigos de *Sir Cedric*? —murmuró Maggie.

No recibió respuesta. El llamado Nikos se fue. Regresó un minuto más tarde, sombrío el gesto.

—Está muerto. Y también el señor Dennison. Arlington no está, Zorba.

El llamado Zorba asintió.

—Bueno, hemos oído lo suficiente para saber a qué atenernos con el señor Arlington. Pero para mí todo esto está demasiado embarullado, así que no sé qué hacer. ¿Qué dices tú, Domeniko?

El tercero de los recién aparecidos encogió los hombros.

—No sé. Yo creo que esto es cosa de Aleko. Lo mejor que podemos hacer es llevarnos a estos dos para que hablen con él.

—Quizá sería mejor matarlos.

—Siempre estaremos a tiempo de eso —dijo Domeniko—. Sólo hay que meterles unas balas en el cuerpo y tirarlos al mar desde el yate.

—De acuerdo. Ustedes dos, pónganse en pie y caminen hacia la puerta. En silencio. No queremos más conversación, nos duele la cabeza. Todo lo que tengan que hacer se lo dirán a Aleko.

CAPÍTULO IV

—¿Eso es todo? —preguntó Aleko.

—Sí —murmuró Maggie—, eso es todo.

El hombre había dicho llamarse Aleko Akoriasis, y se había mostrado muy cortés., incluso amable. Indudablemente, era griego, pero además de hablar perfectamente el inglés su aspecto no tenía nada de griego. Debía medir cerca de metro noventa, era rubio, y tenía los ojos claros. En realidad, lo único que encajaba con su condición de griego era su nombre y la adornada túnica larga que llevaba por toda indumentaria. Era grueso, pero no en exceso.

Los había recibido en su yate, anclado en el Vieux Port, cuando hacía poco que había terminado de cenar y se disponía a tomar café. Había tomado café, reposadamente, mientras escuchaba a Maggie, mirando de cuando en cuando a Nick, que yacía en un diván corrido bajo el ventanal que daba a cubierta, pálido, manchado de sangre el viejo pantalón que Maggie le había conseguido. No había sido precisamente un agradable paseo para él el viaje en coche, caminar luego por el muelle, subir a bordo, descender al salón del enorme yate...

—¿Les apetece café? —ofreció Aleko, tras unos segundos de reflexión.

—Ni siquiera hemos cenado —dijo Maggie.

—Ah... ¿De veras? Voy a tener mucho gusto en invitarles. Aunque me parece que el señor Bolter no está en condiciones de cenar. Más bien necesita un médico, ¿no le parece, señorita?

—Sí, estoy de acuerdo.

—Mi médico atenderá al señor Bolter. Ve a buscarlo, Zorba. Y dile de qué se trata, que venga ya preparado. O si le parece mejor, llevaremos al señor Bolter al quirófano. Date prisa.

Zorba abandonó el salón, pero reapareció apresuradamente cuando Akoriasis le llamó.

—¿Sí, Aleko?

—Y encarga cena para la señorita Stone-Clayton.

—Muy bien.

Aleko encendió un grueso cigarro, cuyo humo se tragó con delectación más que evidente. Luego, mirando apaciblemente a Maggie y Nick, dijo:

—La fórmula del Great Snake la tengo yo. Y es lógico, ya que *Sir Cedric* estaba trabajando para mí... Lo que no podía imaginar es que Waldo Arlington se hubiera propuesto robarnos... Tal vez debí tomar antes la decisión de esta noche.

—¿Qué decisión? —preguntó Maggie.

—Hace días que tengo, completamente terminada la fórmula. A raíz, de eso, he estado encargándome de la parte complementaria del asunto, así que no me he detenido a reflexionar sobre lo... inadecuado que resultaba dejar solos a *Sir Cedric* y sus ayudantes en la casa de la avenida del Parque Borély. Por fin, esta noche, pensé que era mejor tenerlos como invitados en mi yate, y envié a buscarlos. Y me he encontrado con todo un lío, en el que han muerto varias personas. Por fortuna, la fórmula está a salvo. ¿Y dice usted que es de la

C. I. A.,

señor Bolter?

La mirada de éste, sombría, se clavó en el griego.

—Sí —gruñó.

—¿Qué cree que hará la

C. I. A.

cuando no reciba comunicación alguna por parte de usted?

—Me buscarán. Y me encontrarán..., tarde o temprano y de un modo u otro. Me seguirán el rastro hasta el final.

—Es decir, hasta llegar a mí —sonrió Aleko.

—Así es.

—¿Y cómo podrían encontrarme?

—Sabrán que *Sir Cedric* estaba trabajando para usted, así que la cosa no es nada complicada. Cuando se enteren de que Arlington fue muerto en el zoo y mi ausencia se prolongue, se interesarán por *Sir Cedric* a fondo. Y por medio de él llegarán hasta usted. Y puesto

que yo estaba en relaciones con Arlington, éste era ayudante de *Sir Cedric*, y *Sir Cedric* trabajaba para usted, le buscarán. Y querrán saber qué ha sido de mí.

—Hace unos minutos parecía usted incapaz hasta de respirar, señor Bolter. Y ahora está hablando tranquilamente. Es admirable su capacidad de recuperación.

—Es que esto valía la pena decirlo.

—Sí. Y por supuesto, le entiendo. Usted está diciéndome que, si le ocurre algo, debo prepararme para hacer frente nada menos que a las investigaciones de la

C. I. A.

americana.

—Eso he querido decir exactamente.

Aleko asintió, y miró a Maggie.

—¿Y usted, señorita Stone-Clayton? ¿Qué harán sus amigos cuando su ausencia empiece a inquietarlos?

—Supongo que también me buscarán, aunque dudo mucho que lo hagan con la eficacia de la

C. I. A.

—Sin duda. ¿Para quién trabaja usted exactamente?

—Para una agencia llamada Eye. Está en Londres.

—Una agencia llamada Ojo —reflexionó el griego—. ¿Tiene buenas relaciones su agencia? Quiero decir si está relacionada con empresas importantes a las que podría interesar la explotación de la Gran Serpiente.

—Desde luego. Tenemos contactos con algunas de las más importantes empresas del mundo: norteamericanas, japonesas, alemanas, canadienses...

—Entiendo, entiendo. ¿Cree usted que alguna de esas empresas aceptaría asociarse a la Gran Serpiente haciendo una inversión de doscientos millones de dólares, por ejemplo?

—Si los beneficios son de un millón por cada dólar gastado, naturalmente que sí —sonrió Maggie.

—Claro. ¿Y qué me dice el señor Bolter? ¿Podría la

C. I. A.

hacer esa inversión... o gestionar la intervención de alguna empresa norteamericana en la explotación de la Gran Serpiente?

—Por supuesto —gruñó Nick.

—Esto me coloca en una situación difícil —murmuró Aleko—. Tengo que elegir entre la agencia de espionaje industrial llamada Ojo, y la

C. I. A.

—No creo que la decisión sea tan difícil —gruñó Nick—. La

C. I. A.

puede tragarse a la Eye de un solo bocado.

—¿Señorita Stone-Clayton? —La miró interrogante Aleko.

—Me temo que sería así, si, electo —refunfuñó Maggie.

—¿Debo entender —deslizó quedamente Nick— que está usted dispuesto a negociar con la C. I. A?

—¿Por qué no? —se sorprendió el griego—. Últimamente mis negocios no van todo lo bien que sería de desear, de modo que voy a necesitar financiación. Y muy importante, señor Bolter, se lo aseguro. Por supuesto, tengo algunos barcos y la máquina prototipo para lanzar al mar la Gran Serpiente, pero la puesta en marcha de ésta de un modo adecuado requerirá mucho dinero... Muchísimo dinero.

—Poco importa eso cuando se va a ganar un millón por cada dólar gastado. Escuche, Akoriasis, hasta el momento usted no tiene nada que temer de la

C. I. A.,

así que aproveche el momento y no se complique más la vida. Déjeme buscar mi contacto adecuado, y tendrá su financiación..., previo estudio de sus explicaciones sobre qué es exactamente la Gran Serpiente, claro está.

Aleko iba a contestar cuando entraron en el salón dos marineros del yate portando una camilla. Los dos hablaron en griego con Aleko, que asintió y señaló la camilla.

—El doctor Demetrius prefiere atenderlo a usted en su santuario, señor Bolter. Es un médico excelente, de modo que tengo la seguridad de que mañana se encontrará mucho mejor. Le limpiará la herida, la coserá... Quedará como nuevo. Y mañana, cuando esté usted en óptimas condiciones, proseguiremos la conversación.

Nick asintió, y miró hoscamente a Maggie.

—No hagas tonterías —musitó—. Recuerda que la

C. I. A.

se puede comer de un solo bocado a tu ojo.

—Ni siquiera entiendo por qué discutimos —sonrió dulcemente Maggie—: somos socios, ¿no lo recuerdas? *Fifty-fifty*.

Aleko Akoriasis alzó las cejas, pero no dijo nada hasta que se hubieron llevado a Nick en la camilla de mano. Entonces miró a Maggie y preguntó:

—Creo haber entendido que usted y el señor Bolter son socios. ¿A qué se ha referido?

Maggie lo explicó, y el griego soltó una carcajada.

—¡La

C. I. A.

asociada a la Eye! —exclamó—. ¡Francamente, no me lo imagino! Pero, en fin, ¡pasan cosas tan raras en el mundo...! Oh, aquí tenemos su cena, señorita Stone-Clayton. Espero que sea de su agrado, y que le siente bien.

—Es usted muy amable, Aleko —le miró dulcemente Maggie.

El griego se sorprendió visiblemente. Estuvo unos segundos mirando a Maggie como si justo entonces se fijara de modo concreto en ella como mujer. Acabó por mover la cabeza, muy sonriente, y se dirigió hacia una de las puertas del salón.

—Uno de mis empleados la acompañará a su alojamiento para esta noche —dijo—. Perdóneme, pero yo tengo muchas cosas que hacer.

—¿Podré visitar a Nick?

—¿Al señor Bolter? Naturalmente. ¡Siempre que lo desee! Por el momento, ustedes son mis invitados, de modo que gozan de todos los privilegios que ello significa. Hasta mañana, señorita Stone-Clayton.

* * *

La luz del sol dio en una de las dos portillas del camarote, y poco después un dorado rayo cayó sobre el rostro de Nick Bolter. Durante unos segundos éste no reaccionó. Luego, parpadeó, se pasó una mano por la cara, y abrió los ojos.

—¿Qué tal? ¿Cómo te sientes? —Oyó la voz de Maggie.

Giró la cabeza hacia su derecha, y la vio sentada junto al lecho, en una silla blanca de alto respaldo que sugería un pequeño trono.

—Todavía no lo sé —murmuró—. ... ¡Maldita sea, me

anestesiaron!

—Pues gracias a eso parece que has pasado una estupenda noche. Y el vendaje de tu pierna es impecable. ¿Cómo es el doctor Demetrius?

—No tengo ni idea. No llegué a verlo. Un tipo me pinchó, y me dormí en un segundo. ¿Qué ha pasado mientras yo dormía?

—Pues que casi todos hemos dormido también. Menos los tripulantes de turno del yate, que estuvieron haciendo preparativos para zarpar.

—¿Estamos navegando?

—Desde que amaneció. Nada más salir el sol, zarpamos.

—¿Y adónde vamos?

—Ni idea.

—Claro. ¿Has pasado la noche aquí, conmigo?

—Claro que no, querido —rió Maggie—. He estado confortablemente instalada en un camarote para mí sola, durmiendo como una niña. Pero en cuanto desperté, poco antes del amanecer, me interesé por ti. Y aquí estoy desde entonces. ¿Tienes apetito?

—Me parece que sí. Anoche me perdí la cena. ¿Qué tal estuvo?

—Excelente. Escucha, estamos en un yate de lujo, no lo olvides. Es enorme. Su nombre es *Homero*, y naturalmente, lleva pabellón griego.

—Es decir, que seguramente estamos navegando hacia Grecia.

—Creo que sí.

—¿Tú hablas griego?

—No.

—Maldita sea, yo tampoco. ¿Me das un beso?

—Te sentaría mejor un buen desayuno —rió Maggie—. ¿Pido que te lo traigan a la cama?

—Claro que no —gruñó Nick.

Retiró hacia abajo la sábana que lo cubría, y se quedó mirándose, pasmado. Estaba completamente desnudo. Miró a Maggie, que sonrió y encogió los hombros.

—Ya me he dado cuenta de eso antes. Pero no temas, no me asusto por nada que esté dentro de lo natural. De todos modos, por si pretendes pasear por el yate, tal vez podría conseguirte algo de ropa.

—No crees que pueda caminar, ¿eh?

—Oh, sí, creo que sí podrás, pero sería mejor que no lo hicieras. ¿Te pido el desayuno?

—No. Quiero ropa.

Cuidadosamente, Nick Bolter puso los pies en el suelo, expectante el gesto. Hizo una mueca, y se irguió, quedando de pie ante Maggie. Se inclinó, la besó en la nariz, y luego dio unos cautos pasos por el camarote.

—No veo qué necesidad tienes de eso —dijo ella.

—Me gusta saber que puedo valerme por mí mismo. Me duele un poco, pero me siento razonablemente bien. Bueno, elige: o hacemos el amor o vas a buscarme ropa y comida.

—¿Sabes? —sonrió ella—. ¡Eres todo un cabezota!

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta del camarote.

Hora y pico más tarde los dos habían desayunado magníficamente, y Nick había conseguido unos pantalones que, junto con la ropa que había estado llevando entonces, le dieron un aspecto completamente normal y corriente.

—Y además —dijo alegremente—, esta pierna funciona. Tendré que felicitar al doctor Demetrius.

—Te han cosida la herida de entrada y la de salida —dijo Maggie—. Si haces el tonto, los puntos se romperán, y entonces será peor.

—Pues no haré el tonto: sólo caminaré. Vamos a dar un paseo por cubierta. ¡Hace un día estupendo!

Era cierto. Hacía un día de sol estupendo, y el mar estaba en calma. Eso era todo lo que veían a su alrededor: sol y mar. Se sentaron en cómodos sillones colocados en la cubierta de popa, a pleno sol, desdeñando la sombra de la toldilla listada de blanco y verde, después de haber paseado unos minutos por el yate. Y apenas se habían sentado apareció un camarero muy sonriente que hablaba aceptadamente el inglés, y se puso a su servicio. Nick Bolter pidió unos refrescos, se estiró, y masculló:

—¡Coño, qué bien viven algunos...! ¿A qué velocidad calculas que estamos navegando?

—Alrededor de cuarenta nudos.

—Buen barco.

—Te diré una cosa —murmuró Maggie—: mucho me temo que

tanto tus amigos como los míos nos han perdido el rastro completamente.

—Bueno, ya volveremos a hacer contacto.

—¿Qué profundidad crees que debe haber por aquí?

—Oh, no mucha —masculló Nick—. Tengo entendido que el Mediterráneo no tiene profundidad superiores a los tres mil metros.

Maggie no contestó. Se quedó mirando el mar. Poco después, apareció el sonriente camarero con los refrescos pedidos. Y casi una hora más tarde, cuando estaban pensando ya en protegerse del sol, que alcanzaba el cénit, apareció un tripulante.

—El señor Akoriasis les ruega que se reúnan con él en el salón privado. Por favor, síganme.

—Pero con calma —dijo Nick—. Soy el cojo de a bordo, ¿sabe?

Ayudado por Maggie, descendió a la profundidad del yate, siempre siguiendo al tripulante, que finalmente los dejó ante una puerta, saludó tocándose la gorra con dos dedos, y se alejó. Nick empujó la puerta, y se apartó, cediendo el paso a Maggie. Entraron en un camarote amplio, completamente pintado de blanco y cuyo mobiliario, sencillo y elegante, de color castaño, era el adecuado a un despacho-salón.

Aleko Akoriasis se hallaba solo allá dentro, de pie ante un gran mapa del Mediterráneo que ocupaba buena parte de un paño de pared. Les acogió con una sonrisa. Estaba impecable y hermoso con su túnica de mañana, blanca y azul.

—Buenos días, señorita Stone-Clayton, señor Bolter... Por favor, cierren la puerta. ¿Han pasado buena noche, todo está bien?

Nick se limitó a asentir con la cabeza. Maggie dijo:

—Lo estamos pasando tan bien que nos gustaría que cuando este asunto termine nos invitara a un crucero de placer, señor Akoriasis.

—¿Por qué no? —rió el griego—. Ustedes son una pareja simpática..., aunque tengo informes de que el señor Bolter es un enfermo un tanto díscolo. ¿Está bien su pierna, señor Bolter?

—Sí, gracias. —Nick señaló el gran mapa—... ¿Qué es eso?

—Evidentemente, un mapa del Mar Mediterráneo. Aquí va a ser donde pondremos a prueba la Gran Serpiente, señor Bolter. Por favor, siéntense. Voy a explicarles a ustedes en qué consiste exactamente la Gran Serpiente que *Sir Cedric* ha creado para mí. Es una lástima que el pobre hombre, después de tanto tiempo de

estudio y trabajo, después de tantas pruebas, no pueda disfrutar del éxito junto a mí, pero... ya no tiene remedio. Espero, señor Bolter —lo miró fijamente—, que la

C. I. A.

esté capacitada también para darle un... escarmiento al Grupo.

—¿Qué es eso del Grupo?

—Luego hablaremos del Grupo. De momento, sepan que los hombres que han matado a Arlington, Dennison y a *Sir* Cedric pertenecían a él, al Grupo. Pero dejemos eso para luego. Ahora, hablemos de *mi* Gran Serpiente.

CAPÍTULO V

Maggie y Nick se habían sentado ya en sendas sillas colocadas ante el mapa, cerca de éste. Ahora podían ver perfectamente las líneas rojas trazadas en el Mediterráneo, siempre siguiendo la línea de las costas, a una distancia inferior a veinticinco kilómetros, aunque había algunas más, mar adentro, si bien siempre sobre lugares poco profundos. Era como si todo el Mar Mediterráneo estuviese surcado por islas más importantes. Maggie y Nick lo miraban con suma atención, y sólo apartaron la mirada de allí cuando sonó de nuevo la voz de Aleko Akoriasis.

—Esas líneas rojas son la Gran Serpiente. ¿Y qué es la Gran Serpiente? Pues es... una larguísima serpiente de material plástico especial, hueca, de aproximadamente un metro de diámetro y cuyo grosor... de piel, por decirlo así, es de unos cinco centímetros. Lo que significa que por su interior puede circular un caudal de líquido de casi un metro de diámetro.

—Parece que esté usted hablando de un oleoducto —murmuró Maggie.

—Eso es exactamente, señorita Stone-Clayton: un oleoducto.

Maggie y Nick cambiaron una mirada de tan clara decepción que Aleko no pudo dejar de notarla. Se echó a reír.

—Ya sé que están pensando que hay muchos oleoductos en servicio, pero el mío es especial. El material plástico es blando, no rígido como los oleoductos corrientes conocidos hasta ahora. Y por supuesto, es muchísimo más resistente que todo cuanto existe en la actualidad. Durante veinticinco años, mi Gran Serpiente puede estar sumergida en el mar, a treinta o cuarenta kilómetros de profundidad si es necesario, sin que hasta ese tiempo empiece a sufrir los efectos de la corrosión marina. Quiero decir que la

instalación de toda esta red de oleoductos en el Mediterráneo duraría veinticinco años. Durante ese tiempo, desde Oriente Medio se podría estar enviando el petróleo a toda Europa sin más gastos que unas estaciones intermedias de bombeo que incluso podrían estar instaladas en barcos...

—Todo eso sería costosísimo —dijo Nick—. Fabricada con desechos de plástico... y cierto material que le ha añadido mi llorado *Sir Cedric*. Barátísimo.

—Pero el costo del transporte de todas esas tuberías...

—Esas tuberías, como usted las llama, serían fabricadas directamente en el mar, en barcos-factoría que las irían dejando sumergirse a medida que fuesen fabricadas. No haría falta soldaduras, ni empalmes, salvo en las estaciones de bombeo. Imagínese usted una... máquina que va fabricando un largo macarrón sin fin que se va sumergiendo a medida que es fabricado; imagínese una máquina que por un lado recibe material plástico de desecho y cierto material semisólido que *Sir Cedric* inventó para mí, y que por otro lado expelle un macarrón sin fin, de un metro de diámetro, fortísimo, resistente durante veinticinco años a la corrosión del mar, y que sólo precisa una estación de bombeo cada trescientos, cuatrocientos o quinientos kilómetros. Ahora, imagínese ese tubo partiendo de Oriente Medio y uniendo las costas de todos los países del Mediterráneo, los cuales sólo tendrían que utilizar sus instalaciones normales costeras de oleoductos para recibir el petróleo en todo el país. ¿Qué le sugiere esto?

—El fin de la era de los petróleos —murmuró Maggie.

—¡Exactamente! Sería como si Francia, por ejemplo, estuviese directamente conectada a Oriente Medio. Se aprieta un botón, y desde Oriente Medio, tranquilamente, comienza a llegar el petróleo... ¿Se lo imagina?

—Creo que sí, pero me parece demasiado fantástico.

—¿Por qué? Usted vive en un apartamento, supongo. Y en ese apartamento habrá tuberías para el agua, ¿no es cierto? Si usted quiere agua en la cocina, abre el grifo de la cocina; si quiere bañarse, abre los grifos de la bañera; si tiene jardín y quiere regarlo, sólo tiene que abrir la espita de la manguera, y sale el agua para sus flores... Todo ello, debido a la acertada distribución de cañerías en su casa y jardín. Pero, a su vez, el agua llega a su apartamento

procedente de grandes depósitos municipales de los cuales salen grandes tuberías que la distribuyen por toda la ciudad. Pues bien: digamos que Oriente Medio sería los depósitos municipales, y los países del Mediterráneo serían la ciudad, los apartamentos, los chalés con jardín... Siempre agua, a todas horas, sin problemas, porque ya está hecha la instalación de cañerías y porque los depósitos municipales siempre están llenos, repartiendo el agua. Pues lo mismo pasaría con el petróleo: desde Oriente Medio llegaría a toda Europa, cómodamente. Tan cómodamente, tan barato y sencillo como abrir el grifo del agua de su cocina, señorita Stone-Clayton. ¿Por qué seguir utilizando esos enormes petroleros, tan costosos... y tan peligrosos? Todos sabemos que de cuando en cuando un petrolero se parte, y todo su contenido va a parar al mar. Las famosas y temidas mareas negras, que terminan con toda vida marina en muchos kilómetros a la redonda, y que dejan el mar poco menos que muerto durante una larga temporada... Doscientas mil toneladas de crudo, por ejemplo, no son ninguna tontería, vertidas en el Mar Egeo, el Adriático, o en el Tirreno, o el Jónico, o en el Golfo de León... O en el Golfo de Vizcaya, o en el Mar del Norte, o el Báltico, o el Golfo de Botnia..., o frente a cualquier costa, aunque sea abierta, de cualquier país. Y quien dice doscientas mil toneladas dice trescientas, cuatrocientas mil, quinientas mil... Ha sucedido, y volverá a suceder, ¿no es cierto?

—Parece inevitable —murmuró Nick.

—Es inevitable, señor Bolter.

—¿Y su Gran Serpiente no admite la posibilidad de accidentes?

—Ni la más mínima posibilidad, señor Bolter.

—Bueno, eso es lo que dice usted.

—Señor Bolter: si todos los pequeños mares interiores estuviesen dotados de mi Gran Serpiente, quedarían desterrados para siempre esos accidentes. El Mar del Japón, los Mares de China, el Golfo de Méjico, el Caribe..., ¡todas las costas del mundo dejarían de estar bajo la constante amenaza de las mareas negras que han provocado y seguirán provocando los grandes petroleros!

—Me parece, señor Akoriasis —dijo Maggie—, que su Gran Serpiente no va a ser bien recibida por los constructores de los grandes petroleros. No sólo tendrían que dejar de construirlos, sino que los que tienen actualmente en servicio dejarían de ser útiles. La

ruina total, ¿no?

—Para esa gente, sí. Son los que yo llamo el Grupo, señorita Stone-Clayton.

¿Quiere decir que los hombres que mataron a *Sir Cedric* y a sus dos colaboradores están al servicio de los constructores de petroleros, de las grandes empresas que actualmente los tienen en servicio?

—Por supuesto.

—Eso es muy fuerte.

—¿Quiénes si no? El Grupo se ha enterado de algo, no sé cómo, y ha enviado gente a impedir que la Gran Serpiente pueda ser puesta en funcionamiento, pues, en efecto, sería la ruina total para ellos. Sin embargo, la Humanidad saldría beneficiada... ¿O no lo cree usted así?

—Si lo que usted dice es cierto y seguro, sí. Además, tal vez los grandes petroleros podrían ser utilizados para otra cosa, para otros transportes, una vez reajustados. Incluso —la señorita Stone-Clayton sonrió— podrían servir para transportar agua o hielo desde los casquetes polares a la tierras desérticas.

—Admirable idea —se pasmó Aleko Akoriasis—. ¡Admirable idea! ¡Se lo haré saber así al Grupo, y entonces...!

—Escuche usted —farfulló Nick—, a mí todo esto me está sonando a sueño de fantasías, señor Akoriasis. Y tengo la impresión de que si informo a mis jefes de las... características de su Gran Serpiente se van a reír de mí.

—Vamos a poner todas las cartas sobre la mesa —dijo seriamente Aleko Akoriasis—. Yo tengo unos astilleros, señor Bolter, y en ellos ha sido construido el primer barco-factoría que iría fabricando la Gran Serpiente de prueba. Ese barco-factoría está acudiendo en estos momentos a nuestro encuentro, y podrá usted presenciar una demostración. Luego, con una sección de Gran Serpiente, usted irá a ver a sus superiores, y se la entregará, junto con la fórmula de fabricación total..., excepto un pequeño detalle que sólo revelaré cuando hayamos llegado a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Necesito urgentemente cincuenta millones de dólares. Si la C. I. A. me los anticipa, yo les proporciono la fórmula completa de mi Gran

Serpiente, para que la estudien el tiempo que quieran. Si resulta que yo he tenido la estúpida idea de engañar a la

C. I. A.,

ustedes me matan. Si resulta que mi Gran Serpiente es aprobada tras todas las verificaciones por sus científicos, yo les vendo definitivamente la patente por cuatrocientos cincuenta millones de dólares más, es decir, un total de quinientos. Y Ahora, piénselo usted: quinientos millones de dólares por un invento que ahorrará cientos de miles de millones... y todo riesgo de mareas negras en el futuro, mientras quede petróleo en el planeta Tierra.

¿Vale o no vale la pena escuchar mi oferta, señor Bolter?

—Por lo que parece, usted ha desechado definitivamente a la Eye, señor Akoriasis —dijo Maggie.

—Vamos, vamos, señorita —sonrió amablemente el griego—. Hablemos en serio, ¿quiere? Yo tengo la impresión de que usted y el señor Bolter Están en buenas relaciones personales, así que acepte lo que él quiera darle y olvídense del asunto, créame. Yo estaba buscando la financiación para todo este proyecto inicialmente caro, y no sabía a quién acudir. De pronto, me encuentro nada menos que con la C. I. A... ¿Cree que voy a desaprovechar esta oportunidad para escuchar las ofertas de la Eye? Sea razonable, por favor.

—Tal vez nosotros también tengamos esos quinientos millones de dólares —se molestó Maggie.

—Tal vez. Pero jamás dispondrán del equipo científico que puede aportar la

C. I. A.

tras presentar todo el proyecto de la Gran Serpiente al Congreso de los Estados Unidos, o a la Casa Blanca, o a quien sea. Los Estados Unidos de América quizá tarden tres o seis meses en dar su visto bueno a mi Gran Serpiente. ¿Cuánto tardaría la Eye? ¿Veinte años?

—Me parece que el señor Akoriasis tiene razón, amor mío —sonrió Nick—. Resígnate.

—¡Nosotros hicimos un trato...!

—Bueno, cálmate, ya nos arreglaremos tú y yo. Quiero hacerle una pregunta, señor Akoriasis: ¿haría usted el mismo trato con los rusos en lugar de con los americanos?

—Bueno, señor Bolter, usted es americano, así que no veo a qué viene...

—Por favor, conteste a mi pregunta.

—Mire, yo tengo mis negocios un tanto... escorados, y preciso urgentemente esos cincuenta millones de dólares anticipados. Para el resto ya podré esperar tranquilamente. Pero esos cincuenta millones... Francamente, señor Bolter, a mí me importa bien poco que sea Rusia o que sean los Estados Unidos quienes acepten mi oferta, pero ya que le conozco a usted...

—En resumen: no tiene usted preferencia.

—No, ninguna. A fin de cuentas, tanto si el proyecto lo realizara Estados Unidos como si lo realizara Rusia, la Humanidad saldría beneficiada —el griego sonrió—, y yo también, claro. Ha sido mucho tiempo de gastos, pruebas... Yo necesito dinero ahora, eso es todo. Y no tengo en absoluto nada contra los rusos, personalmente.

—Agradezco su sinceridad. En cuanto a mí, acepto su proposición, naturalmente. Bien entendido que serán mis superiores quienes dirán la última palabra, como es lógico.

—Por supuesto. Bien, tenemos un largo camino hasta encontrarnos con mi barcofactoría, pues no creo que eso suceda hasta mañana al amanecer. Mientras tanto, por favor, considérense en su yate. Y espero que no me guarde usted rencor, señorita Stone-Clayton.

—Un poco —sonrió de mala gana Maggie.

—¿Realmente? —Alekos hizo un gesto amable—. Espero que se le pase pronto el enfado, como se me ha pasado a mí.

—¿A usted? —se sorprendió la espía industrial.

—Bueno, salvo que yo entendiera mal sus propias explicaciones de anoche usted estaba dispuesta incluso a robarle a *Sir Cedric* lo que fuese que él hubiera inventado, ¿no es así? Y me permito recordarle que, si bien todo el mérito científico del asunto corresponde por entero a mi llorado amigo, yo he estado gastándome mis últimos dólares en financiar la Gran Serpiente. Digamos, pues, que usted pretendía robarme algo, ¿no es así?

Maggie contemplaba hoscamente al griego, pero Nick se echó a reír, y le dio una palmada en el trasero a la muchacha.

—Te está bien empleado —aseguró—. Anda, vamos a tomar el sol, y hablaremos de nuestro trato. Aunque veo muy difícil poder cumplirlo, pues no va a depender en absoluto de mí, y no creo que la

C. I. A.

acepte regalarle nada a la Eye. De todos modos, intentaremos encontrar una solución... amistosa. Hasta luego, señor Akoriasis.

—Que lo pasen bien —sonrió el griego.

* * *

—Desde luego, eres una mala invitada —refunfuñó Nick—. ¿No es cierto que nuestro amable anfitrión nos dijo esta mañana que lo pasáramos bien?

Completamente desnuda, Maggie tenía por toda protección a las miradas de Nick Bolter la almohada que había cogido precipitadamente al oír abrirse la puerta de su camarote en el momento en que se disponía a acostarse. Y apretando esa almohada contra su cuerpo entre las ingles y los senos, señaló con una mano hacia la puerta.

—Fuera de aquí, traidor —expulsó.

—¿Yo un traidor? ¿Yo?

—¡Tú! ¡Me habéis dejado al margen del asunto! Todo el día dándole vueltas para finalmente, durante la cena, decirme que no parecía haber solución posible a nuestro trato. ¡Y ahora vienes aquí a...!

—Entre otras cosas —gruñó Nick—, he venido a decirte que por fin hemos encontrado una solución entre Akoriasis y yo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué solución?

—Sin dar ninguna explicación a la

C. I. A.,

Alekos va a pedirles, como anticipo, cincuenta y dos millones de dólares en lugar de cincuenta. Esos dos millones serán para ti. En mi opinión, si te quedas uno y entregas otro a la Eye tus jefes podrán darse por más que satisfechos. ¿Qué te parece?

Maggie tenía los ojos muy abiertos, incrédula.

—¿De quién ha sido la idea? —murmuró.

—Bueno, charlando con Alekos...

—Ha sido tuya, ¿verdad?

—En un noventa por ciento —admitió Nick—. Maggie, no te excedas en tus pretensiones, cariño. Te he conseguido un millón de dólares, que, bien invertidos, te permitirán llevar una vida de reina,

y una vejez decorosa y alegre. No me pidas más, no podría dártelo.

Ella parpadeó, lentamente, fija su mirada en los ojos del espía americano.

—Debo admitir —susurró— que has sido muy considerado, Nick. Realmente, tal como están las cosas, yo no podía salir más beneficiada en lo personal. Y es de esperar que la Eye también comprenda con toda exactitud la situación. Gracias.

—De nada —masculló Nick—. Y buenas noches.

—¿Te vas? ¿Eso es lo que tenías que decirme?

—Tenía más cosas que decirte, pero ya no puedo decirlas.

—¿Por qué no? ¿Qué cosas son ésas?

—Quería insistir en que estoy enamorado de ti, y que quería pedirte que hiciéramos el amor.

—¡Pero estás herido...!

—¡Estoy herido en la pierna! —Se irritó Nick Bolter—. ¡En la pierna, ¿entiendes?! De todos modos, vamos a dejarlo. Habría insistido si no me hubieras obligado a decirte lo del millón de dólares, pero ahora que ya lo sabes parecería... que te compraba por esa cantidad.

—Pues pagas muy caro un cuerpo de mujer, querido. Puedes conseguir chicas más bonitas que yo por mucho menos dinero.

—Vete al demonio —graznó Nick—. ¡Al demonio!

Se dirigió hacia la puerta, pero ella le llamó quedamente, y cuando él se volvió, susurró:

—No seas tonto, cariño...

Le tendió los brazos. Y naturalmente, la almohada cayó al suelo. Y Nick Bolter, desde luego, no llegó a la puerta.

* * *

Despertaron los dos de pronto, sobresaltados. Había quedado una luz encendida, así que pudieron mirarse.

—¡Qué demonios...! —aulló Nick.

Saltó de la cama, lanzó un berrido al sentir el tirón en la herida, y se puso rápidamente el pijama, abalanzándose acto seguido hacia el pasillo.

Maggie salió velozmente de la cama, se puso un gracioso pijama azul, largo y también se abalanzó hacia el pasillo de los camarotes.

Nick estaba allí, mirando a derecha e izquierda. Justo en aquel momento Alekos Akoriasis salía de su camarote, también en pijama, acompañado de dos tripulantes armados de sendas metralletas.

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó Nick, señalando hacia arriba, hacia la cubierta—. ¿Qué son esos gritos?

—Será mejor que vuelvan a su camarote —dijo el griego.

Y echó a correr, precediendo a sus hombres, hacia la cubierta.

CAPÍTULO VI

Nick y Maggie no tardaron ni tres segundos en salir a cubierta en pos del griego, que corría hacia la cabina de mandos. Pero dejaron de interesarse inmediatamente por él, deslumbrados por la intensísima luz de tres focos que convergían en el yate, procedentes del mar. Alrededor de ellos, los tripulantes estaban tomando posiciones, todos armados, algunos sólo con pistolas.

—¡Pero ¿qué demonios pasa?! —gritó Nick.

—El petrolero —señaló uno de los tripulantes hacia el origen de las intensísimas luces.

—¿Qué petrolero?

—Han entrado en contacto con nosotros por medio de la radio: quieren que nos entreguemos. Y ya han capturado el barco-factoría.

Nick quedó un instante boquiabierto, siempre deslumbrado. ¿El petrolero? ¿Qué petrolero? Siguió a Maggie hacia la popa del yate cuando la muchacha le tomó de una mano y tiró de él. Ya en popa, ella se esforzó en ver algo detrás de las luces, y Nick la imitó. Era imposible, estaban completamente deslumbrados. Pero sí podían ver perfectamente a Alekos en la cabina de mandos, hablando airadamente por la radio. Ahora, por encima de todo otro sonido, podían escuchar el potente y sordo rugir de unos motores.

—Ya no veo nada —gruñó Nick— ¿y tú?

—Tampoco. Esas luces son demasiado potentes. Vamos a quedarnos ciegos si insistimos en ver algo, Nick.

Como si las palabras de Maggie Stone-Clayton hubieran sido un conjuro, los focos se apagaron. Durante unos segundos, los dos permanecieron todavía deslumbrados. Luego, empezaron a ver la claridad rojiza que flotaba sobre el mar, hacia el Este, en el inicio del amanecer.

Y de pronto, recortado en esa luz, vieron el petrolero. Nick se quedó sin habla, y Maggie exclamó:

—¡Santo Dios!

Era enorme, posiblemente el de mayor tamaño que pudiera encontrarse en el Mediterráneo. Enorme, gigantesco, oscuro. Estaba a un cuarto de milla, quizá, pero parecía estar allí mismo; sus motores seguían zumbando, pero no se movía. En cambio, el yate, también parados sus motores, parecía atraído hacia el gigantesco petrolero como por un imán...

—¡Hijos de puta! —Llegó vociferando Alekos—. ¡Dicen que han capturado mi barco, y que nos entreguemos, que saben quiénes somos y todo lo demás! ¡Ya sabía yo que esos...!

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Nick—. ¿Plantarles cara?

—¡Qué mierda de plantarles cara...! ¡Lo que vamos a hacer es poner el yate a toda máquina! ¡Jamás podrán alcanzarnos! ¡Jamás...!

—Me parece que sí —murmuró Maggie.

Los dos la miraron, y ella señaló hacia el petrolero. Su vista, indudablemente, era mejor que la de Nick y Akoriasis, porque éstos tardaron dos o tres segundos en comprender: un gran rectángulo se había abierto en la proa del petrolero, como una gigantesca boca, en la que de pronto apareció una intensa luz. Era un enorme boquete que alcanzaba la línea de flotación, pero, indudablemente, los del petrolero no debían temer que éste se hundiera, todo estaba calculado...

Una lancha salió de pronto zumbando fuertemente por el boquete, y acto seguido apareció otra, idéntica, como pequeños peces abandonando la madriguera. Las blancas colas de espña aparecieron cuando las lanchas se desplazaron, una buscando la popa y otra la proa del yate.

Uno de los tripulantes que se habían quedado en la cabina llegó corriendo junto a Akoriasis, y comenzó a hablar excitadamente en griego. Éste quedó sombrío unos segundos, antes de mirar a Maggie y Nick y murmurar:

—Esas lanchas llevan cañones. Nos van a hundir si no nos entregamos.

—¿No estamos preparados para hacerles frente? —Gruñó Nick.

—Claro que no —gruñó también Alekos—. Tengo armas a bordo, desde que hace unos años me asaltaron unos piratas especializados, pero no tengo cañones, ni nada parecido. ¡Cómo demonios quiere que tenga cañones en un yate de recreo...!

—Cálmese —dijo Maggie—. Si perdemos la serenidad vamos a ir todos al fondo del mar. Y estamos en el Jónico, supongo, donde hay alguna que otra fosa de más de cuatro mil metros. Aunque si nos hundén, lo mismo darán cuarenta metros que cuatro mil de profundidad.

—¡Hijos de puta...!

—Será mejor que vuelva a la radio a parlamentar de nuevo con ellos —sugirió suavemente Maggie—. Lo contrario es un suicidio.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Nick.

Alekos Akoriasis comenzó a maldecir, ahora en griego, pero regresó a la cabina de mandos.

Diez minutos más tarde, ya con la claridad del día, el yate *Homero* se hallaba ante la abierta boca del petrolero, que parecía dispuesta a engullirlos. El hermoso yate parecía ahora un cascarón de nuez. En el vientre del petrolero se habían apagado casi todas las luces, pero quedaban las suficientes para que todos pudieran ver perfectamente dónde se estaban metiendo: un pequeño muelle metálico, en el cual esperaban no menos de una docena de hombres armados. Detrás del yate, esperando su turno de entrada, las dos lanchas cañoneras que poco antes habían salido del interior del petrolero.

Amplificada por un megáfono de mano, la voz llegó hasta ellos, dando instrucciones en inglés:

—Depositén todas sus armas en la cubierta de proa, y colóquense todos en popa, con las manos sobre la cabeza. Están advertidos de que serán acribillados si intentan resistirse de algún modo.

Akoriasis permanecía en sombrío silencio. Nick y Maggie entregaron sus armas a uno de los tripulantes, que, junto con otros, fue a depositar las armas en el lugar indicado..., mientras el yate entraba en el pequeño muelle. Pequeño, pero suficiente para contener otro yate, un par de lanchas más, y el barco-factoría de Akoriasis, cuyo gesto sombrío se acentuó. Maggie miraba los bordes de la boca metálica que los estaba tragando. Grandes paneles

metálicos se habían deslizado hacia atrás por el interior..., y cuando, poco después, las dos lanchas cañoneras hubieron también entrado, se cerraron, con fuerte chasquido metálico.

El yate *Homero* estaba en la panza del gigantesco petrolero. Eso era todo.

Media hora más tarde, cuatro hombres armados abordaron el yate, indicando a Akoriasis que debía acompañarles.

—¿No podemos ir también nosotros? —preguntó Maggie—. Esos hombres del muelle me están mirando de un modo que no me gusta nada.

El hombre que había hablado la miró, sonrió, y encogió los hombros. A él no le preocupaba en absoluto que, desde el muelle, los hombres que todo el rato habían tenido encañonados a los del yate estuvieran mirando con aquella expresión de codicia a la hermosa espía.

—No deben temer nada —dijo—. Y sólo me han ordenado que lleve al señor Akoriasis. Pero preguntaré.

Sacó una pequeña radio, alzó la antena, y comenzó a hablar, explicando la situación.

Una voz masculina se dejó oír nítidamente:

—No importa. Que vengan también los invitados de Akoriasis.

La conversación terminó. Los tres prisioneros pasaron al muelle metálico, y de allí, tras subir unas escaleras asimismo metálicas, a un largo pasillo, donde había no menos de doce puertas. Los cuatro hombres se detuvieron ante una de ellas, y el que dirigía el grupo la abrió.

—Pasen.

Entraron los tres, luego los cuatro hombres. La puerta fue cerrada, y los cuatro hombres se distribuyeron por la enorme sala bellamente decorada y amueblada.

—¿Qué te parece? —masculó Nick—. ¡Parece que estamos en el lujoso salón de un magnífico palacio!

—Esto me sugiere otra de las muchas cosas a las que puede destinarse un petrolero —sonrió Maggie—: un palacio navegante. Desde luego, no creo que haya mucho petróleo en este barco.

—Ni una gota —dijo una voz, al fondo del salón—. Este barco no estaba ya en condiciones de transportar crudo, señorita, de modo que fue habilitado para otros servicios.

Los tres se habían vuelto a mirar hacia donde había sonado la voz, y vieron al hombre que cerraba tras él una puerta. Se quedaron mirándolo en silencio mientras el hombre se acercaba.

Era grotesco. Bajo, grueso, de feo y basto rostro cuadrado rematado por una raía, recortadísima cabellera que producía la impresión de que el sujeto llevaba un cepillo en la cabeza. Sus ojos eran verdes y diminutos, su boca grande y gruesa. Vestía un conjunto deportivo que habría resultado elegante en cualquier otro hombre, pero que en él resultaba poco menos que ridículo. Maggie fue la única que reaccionó, si bien contenidamente, al ver de cerca aquellos pequeños ojos verdes, como de culebra.

—Efectivamente —dijo el hombre—, es usted muy bonita, señorita, pero no debe temer nada de mis hombres: están muy bien... disciplinados. ¿Qué tal, señor Akoriasis?

—¿Quién es usted? —masculló Alekos.

—Axel Stolz. Un nombre que no significa nada para usted, supongo.

—Desde luego que no. Lo que quería preguntar es si usted es un... empleado del Grupo.

—¿El Grupo?

—Los constructores de petroleros.

—Ah... ¡Ah! ¿Los llama usted así, el Grupo? Oh, pero por favor, siéntense, siéntense.

Usted aquí, señorita...

—Margaret Stone-Clayton —sonrió Maggie—. Soy espía industrial, señor Stolz.

—¿De veras? ¡Qué interesante! Y comprensible en este asunto, sí... ¿Y este caballero de la mirada irritada...?

—Se llama Nick Bolter —casi rió ahora Maggie—, y me temo que se ha complicado usted la vida con él, señor Stolz: es agente de la

C. I. A.

americana.

La verde mirada de Axel Stolz se posó lentamente en Nick, que miraba enfurruñado a Maggie.

—La

C. I. A.,

¿eh? Bueno, será cuestión de echarse a temblar de miedo —dijo

fríamente Stolz—. ¿Está usted cómoda, señorita Stone?

Maggie se había sentado junto a Stolz en un sofá por demás confortable, así que no tuvo más remedio que asentir.

—Muy cómoda, señor Stolz, gracias.

—Estupendo, estupendo —la manaza derecha de Stolz, parecida a la garra de un oso, apretó el muslo izquierdo de Maggie, con un gesto entre amable y posesivo—. Dadas las explicaciones que me ha facilitado sobre usted misma y sobre el señor Bolter, me atrevo a suponer que no hay entre usted y el señor Akoriasis ninguna relación de otra... índole.

—No, no la hay —sonrió Maggie.

—Por la sencilla razón —dijo Nick— de que Maggie es mi amante. No lo olvide, Stolz: mi amante y de nadie más.

Éste miró a Nick, miró a Maggie, desvió por fin la mirada hacia Alekos Akoriasis.

—Ha sido usted muy... decidido y oportuno al asesinar a *Sir Cedric Updike*, señor Akoriasis. Nosotros...

—¡Pero qué dice...! —saltó Alekos, saliendo de su pasmo—. ¿Qué yo he asesinado a *quién*?

—A su amigo y colaborador *Sir Cedric Updike* —repitió lentamente Stolz, mirándole fijamente—... ¿Mi inglés no es bueno? ¿No se me entiende bien?

—Yo diría que se le entiende perfectamente —deslizó con gran suavidad Maggie—: na dicho que el señor Akoriasis asesinó a *Sir Cedric*, ¿verdad, señor Stolz?

—Eso creía haber dicho —asintió Stolz—, pero al parecer he causado gran sorpresa al señor Akoriasis.

—Usted está loco —dijo el griego—. ¡Aquí no hay más asesino que ustedes! ¡Ustedes asesinaron a *Sir Cedric*!

—¿Nosotros? ¿El Grupo, señor Akoriasis?

—¡Claro!

—No. No lo hicimos. Pueden creerlo o no, pero no fuimos nosotros. Creíamos que había sido usted.

—¡Déjese de idioteces!— bramó Alekos—. ¡A mí no me...!

—Me consta que no fue el señor Akoriasis —intervino Nick en la conversación—. Y si tampoco fueron ustedes..., ¿quién lo hizo, y cómo saben ustedes que *Sir Cedric* ha muerto?

—Interesantes preguntas, señor Bolter. No sé quién lo hizo, pero

le diré cómo lo sabemos nosotros: anoche, mis hombres fueron a Marsella a recoger a *Sir Cedric*, según lo convenido, y lo encontraron muerto en la casa de la Avenue Du Pare Borély.

—¿Según lo convenido? Lo convenido... ¿con quién?

—Con *Sir Cedric*, naturalmente. Hacía algún tiempo que estábamos en contacto con él, y finalmente conseguimos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes: nos iba a vender la fórmula de la Gran Serpiente.

—Eso es mentira —jadeó Alekos—. ¡Una cochina mentira! ¡Cedric jamás me habría traicionado, jamás!

—Señor Akoriasis, usted puede creerlo o no —deslizó fríamente Stolz—, pero *Sir Cedric* iba a vendernos la fórmula y a decirnos en qué consistía exactamente, tras habernos hecho comprender que si se utilizaba sería el fin de los petroleros. Naturalmente, a nosotros se nos hacía difícil creer eso, así que queríamos ver esa fórmula para convencernos de que era lo que él decía, a fin de tomar nuestras medidas, como, por ejemplo, convencerlo a usted de que esa Gran Serpiente no debía ser llevada a la práctica. Así que enviamos unos hombres a recoger a *Sir Cedric*, y fue hallado muerto. Muy pronto mis hombres supieron que el *Homero* había zarpado, y, al mismo tiempo, yo me enteraba de que ese... extraño barco que últimamente ha sido construido en sus caducos astilleros había zarpado también. Se me informó de la ruta que seguía, así que acudí a su encuentro, lo capturé, y supe por su capitán que iban a encontrarse con usted. Y aquí estamos. Con la sorpresa de que niega usted haber asesinado a *Sir Cedric*. Yo tampoco ordené su muerte. Así que... ¿quién lo hizo? Ya ve, señor Bolter, que no lo sé.

—El señor Akoriasis no fue —musitó Nick—... Usted dice que tampoco. Entonces..., ¿para quién trabajaban los hombres del zoo y los que dijeron haber matado a *Sir Cedric*? —No tengo la menor idea— movió la cabeza Stolz. —¿Pueden decirme qué sucedió?

Nick Bolter lo explicó, como de mala gana. Cuando terminó, Stolz volvió a mover su cuadrada cabeza.

—Perro mundo, ¿verdad?: *Sir Cedric* hace un trato conmigo, y el señor Arlington con la

C. I. A..

Se diría que sus amigos no eran demasiados fieles, señor Akoriasis.

—Puedo creerlo de Arlington —musitó Alekos—, ¡pero no de *Sir*

Cedric! ¡No!

—Le aseguro que sí. Y por tanto, tenemos en el juego a usted, señor Bolter, a la señorita Stone, a mí..., y a alguien más, o sea, la persona o personas que enviaron a esos hombres al zoo y a la casa donde estuvo trabajando *Sir* Cedric. Vamos a llamar a esa persona o grupo Los Extraños... ¿Se les ocurre quiénes pueden ser Los Extraños?

—A mí sólo se me ocurre que usted está mintiendo —dijo Nick Bolter.

—¿Por qué habría de mentir? —rechazó Axel Stolz—. Mire, señor Bolter, a mí sólo me interesa una cosa en este asunto: la fórmula de la Gran Serpiente y saber en qué consiste exactamente y todo eso de que quedarían anulados los petroleros. Teniendo en cuenta que Los Extraños no consiguieron la fórmula, que Arlington murió sin poder entregársela a nadie, que el otro ayudante de *Sir* Cedric también murió..., sólo quedamos nosotros cuatro con acceso a la Gran Serpiente. Y nosotros cuatro estamos aquí. ¿Y quién manda aquí, señor Bolter?

—Usted —fue Maggie quien contestó, sonriendo.

—Exactamente, señorita Stone. Y puesto que yo mando aquí, puedo ordenar tranquilamente que todos ustedes sean ejecutados tras hacerme cargo de la fórmula para destruirla si así conviene, de modo que la Gran Serpiente jamás podrá ser puesta en funciones.

Con menos palabras: yo tengo controlada la situación en la parte que me interesa. Así que, señor Bolter, ¿por qué tendría que molestarme en mentir?

Se hizo un silencio, hasta que Maggie murmuró:

—Cuando Arlington salió de la casa de Avenue du Pare Borély tuvo que llevarse la fórmula, una copia, y esconderla en algún sitio. Alguien la encontrará alguna vez, señor Stolz. O quizá la han encontrado los amigos de Los Extraños. En ese caso, ya no estaría usted controlando la situación en todos sus puntos.

—Lo que me obligaría a buscar a Los Extraños, ¿no?

—Evidentemente.

—Creo que ni siquiera vale la pena —rechazó Stolz—. Y le diré por qué: Arlington debió esconder tan bien la copia de la fórmula que seguramente nadie la encontrará jamás. Y con eso yo me doy por satisfecho y puedo dedicarme solamente a ustedes. Es obvio que

mientras ustedes estén conmigo el mundo jamás conocerá a la Gran Serpiente, de modo que no tengo por qué preocuparme. Mis instrucciones son convencer al señor Akoriasis de que no incordie, que se deje de Grandes Serpientes y tonterías así, y en eso no voy a tener problemas.

—¿Es decir —susurró Alekos, pálido—, que piensa matarme?

—¡Qué barbaridad! Yo represento a gente de negocios, señor Akoriasis, no a una pandilla de asesinos. Simplemente, puedo ofrecerle una compensación importante por destruir la Gran Serpiente.

—De modo que, en efecto, usted trabaja para el Grupo —deslizó Maggie.

Stolz volvió a mover la cabeza, sin dejar de mirar a Alekos.

—¿Cree que llegaremos a un acuerdo, señor Akoriasis?

—La

C. I. A.

iba a pagarme quinientos millones de dólares —murmuró el griego.

—Vamos, vamos, no sea fantasioso —rió Stolz—. ¡Esa cantidad...!

—Es cierto —gruñó Nick—. Así estaban los tratos. —Pero, señores— relucieron maliciosamente los ojos de Stolz, —ustedes me están poniendo en una situación muy molesta: me están pidiendo quinientos millones de dólares por algo que yo puedo conseguir gratis.

—Gratis, no —replicó Nick—: tendría que matarnos a nosotros, o a todos los que tuvieran noticias o datos sobre la Gran Serpiente. Sí, tendría que matarnos a nosotros. —Eso, señor Bolter, significa *gratis* para mí.

—¿O sea —dijo Maggie—, que nuestras vidas ni valen ni significan nada para usted?

—Exactamente, señorita Stone.

—¿Y qué dirían sus jefes, el Grupo? Tal vez ellos prefirieran pagar los quinientos millones que cargar con nuestras muertes sobre su conciencia.

—No diga usted tonterías —rió Axel Stolz.

Maggie estuvo un par de segundos mirándolo fijamente. Luego, bajó la mirada, y eso fue todo. El silencio se prolongó hasta que Stolz, mirando a Akoriasis, pidió:

—¿Tal vez sería tan amable de decirme exactamente qué es eso de la Gran Serpiente, señor Akoriasis?

El griego suspiró, y lo explicó todo, sin ser interrumpido ni una sola vez por Axel Stolz. Cuando la explicación terminó, Stolz estuvo reflexionando durante casi un minuto.

—Bien —dijo por fin—, tendré que solicitar instrucciones respecto a la situación. Mientras tanto, me permito sugerirles que no busquen complicaciones aquí dentro, salvo que deseen adelantar su posible ejecución.

—Usted cree que recibirá orden de matarnos —dijo Maggie.

—Yo no creo nada. Simplemente, voy a pedir instrucciones.

—¿Y cuánto tardará en recibirlas?

—Puede que la respuesta sea inmediata, puede que me hagan esperar unas horas, o unos días... No tengo ni idea.

—Señor Stolz: ¿qué es exactamente este barco?

—Es algo así como unas oficinas donde se resuelven todos los problemas que puedan afectar a mis jefes.

—Es un modo muy elegante de decir las cosas —gruñó Nick.

—¿Cómo lo habría dicho usted, señor Bolter?

—Yo diría que este barco es ahora un nido de asesinos bien entrenados, siempre dispuestos a resolver los problemas grandes o pequeños relacionados con los intereses de sus jefes, esto es, del Grupo.

—También esa definición es válida —sonrió fríamente Axel Stolz, poniéndose en pie; miró a Akoriasis—... Según he entendido, su barco está preparado para hacernos una demostración de la Gran Serpiente, señor Akoriasis.

—Sí —murmuró el griego—, así es. Ya lleva todo el material necesario para ella, y los hornos para la fundición de desechos de material plástico.

—Y como usted tiene la fórmula definitiva, podría hacernos esa demostración en cualquier momento.

—Sólo cuando los hornos estén a la temperatura adecuada.

—Muy bien. Encárguese de eso inmediatamente. En cuanto a ustedes dos. —Stolz miró a Maggie y Nick—, regresen al yate y esperen allí. Esto es todo, por ahora. Buenos días.

Axel Stolz se dirigió hacia la puerta por la cual había entrado antes en el salón, y desapareció. Alekos Akoriasis, Maggie y Nick se

pusieron en pie a una seña del jefe del grupo de cuatro hombres, y, escoltados por éstos, emprendieron el regreso al yate *Homero*.

Es decir, Maggie y Nick al yate, y Alekos a su barco-factoría, donde debía iniciar los preparativos para la demostración de la fabricación de la Gran Serpiente.

CAPÍTULO VII

Tres horas más tarde, desde la cubierta del yate, Maggie y Nick, así como los tripulantes del *Homero*, veían caer a las quietas aguas del muelle interior del petrolero la primera sección de la Gran Serpiente, por la boca anillada de la gran máquina colocada en la popa.

En efecto, parecía que se estuviese fabricando un enorme e interminable macarrón de sucio color agrisado, aunque más bien, debido a su tamaño y movilidad, parecía una enorme serpiente que fuese deslizándose desde la máquina hacia las aguas, en las que se producía un breve hervor de blanca espuma humeante.

En el barco-factoría, junto a Akoriasis, podían ver a Axel Stolz, haciendo preguntas al griego, cuya expresión se veía no poco sombría. Tanto en el muelle como en el barco había hombres de Stolz, bien armados, vigilantes. Aunque tal vigilancia era ya poco menos que innecesaria, pues lo mismo el barco que el yate habían sido concienzudamente revisados, y requisado todo lo que pudiera ser utilizado como arma por parte de los prisioneros.

—Es lo más curioso que he visto en mi vida —dijo Maggie.

Nick la miró, y sonrió ceñudamente.

—No crees en la Gran Serpiente, ¿verdad? —preguntó.

—Eso es precisamente lo más curioso de todo: que creo en ella.

—Pronto te desengañarás —dijo Nick, señalando a los cuatro hombres-rana de Stolz que esperaban en el muelle provistos de sopletes submarinos—. Esos hombres cortarán la Gran Serpiente como si fuese una vulgar manguera.

—¿Qué apostamos a que no? —sonrió también Maggie—. Podríamos apostar una noche de amor —sugirió Nick.

—De acuerdo —asintió Maggie—. Yo apuesto una noche de

amor contigo, lo que me parece que no sería ningún gran sacrificio, y tú apuestas otra cosa: satisfacer el primer capricho que te pida.

—¡Acepto! —rió Nick—. ¿Cuál es ese capricho?

—Ah, todavía no lo sé. Te lo diré cuando se me ocurra... Bueno, ahí van los hombres-ranas.

La máquina del barco-factoría había dejado de lanzar sección de Gran Serpiente al agua, y, a una seña de Stolz, los hombres-rana se habían deslizado al agua. Todavía había un poco de hervor en ésta en la zona donde se había hundido el invento de *Sir Cedric Updike*, pero ya había cesado cuando los hombres-rana llegaron allí. Ahora todo estaba en silencio, excepto la maquinaria del petrolero, que seguía esparciendo su rumor por las entrañas del gigantesco barco.

Los hombres-rana se sumergieron con sus sopletes especiales, y al poco, bajo el agua, comenzó a verse su resplandor...

Una hora más tarde, todas las comprobaciones posibles dentro del petrolero habían sido realizadas. Tras el fallo de los sopletes se recurrió a otros procedimientos, que resultaron igualmente inútiles, hasta que Axel Stolz ordenó la colocación de bien estudiadas cargas de explosivo colocadas en el interior de la Gran Serpiente y adheridas a su piel. Se produjeron tres explosiones que alzaron otras tantas columnas de agua que provocaron una lluvia de todo el ámbito del muelle de metal, y que crearon un breve y violento oleaje que zarandeó todas las embarcaciones allí surtas.

Luego, los hombres-rana volvieron al agua, se sumergieron, y reaparecieron cinco minutos más tarde. Se suponía que las cargas explosivas debían haber destrozado parte de la Gran Serpiente, y que los hombres-rana mostrarían en alto los trozos del sorprendente macarrón de plástico..., pero los hombres-rana no mostraron nada. No había trozos que mostrar: la Gran Serpiente continuaba intacta.

Maggie miró a Nick, y dijo:

—Me parece que me debes un capricho, querido Nick.

—Entonces, es cierto —susurró él—. Bueno, tal vez podría ser partida o destrozada de algún modo con armas o métodos mucho más poderosos, pero, ciertamente, su resistencia supera las posibilidades de agresión o sabotaje por medios al alcance de personas privadas.

—Eso parece.

Diez minutos más tarde Alekos Akoriasis regresó al yate, donde

recibió malhumorado las felicitaciones de Maggie y Nick.

—Al demonio con todo —farfulló—... ¡Yo ya sabía que esto iba a funcionar, pero maldita la gracia que me hace, ahora que se lo va a quedar todo el Grupo!

—¿Se lo va a quedar... o a destruir la fórmula? —Alzó las cejas Maggie, sorprendida.

—A nadie le gusta morir, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —inquirió Nick.

—Me parece —dijo Maggie, como divertida— que nuestro amigo Aleko ha recordado un viejo refrán que dice: si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él. ¿Me equivoco, Aleko?

—¿Por qué demonios tengo que morir? —Se molestó Aleko.

—Espere un momento —gruñó Nick—. ¿Quiere decir que ha llegado a un acuerdo con Stolz?

—Le he dicho que quizá el Grupo, con vistas al futuro, y a una... evolución de sus sistemas de transporte, sientan interés por explotar más adelante la Gran Serpiente en lugar de seguir construyendo petroleros. Es mucho más barata, y por tanto, si cobraban sus fletes adecuadamente, todavía podrían obtener mayores beneficios.

—Es decir, que el Grupo patentaría la Gran Serpiente y seguiría teniendo la exclusiva del transporte del petróleo en todo el mundo.

—Y nosotros seguiríamos vivos —terminó el griego.

—¡Maldita sea...!

—Pues a mí no me parece nada mal —dijo Maggie—. Francamente, Nick, la idea de morir no me seduce en absoluto. Y no entiendo por qué te lo tomas así. A fin de cuentas, tengo entendido que la C. I. A.

tiene intereses en muchas multinacionales, entre ellas las del petróleo, así que no saldrá perjudicada, después de todo, ya que seguirán funcionando los petroleros que ahora están en servicio...

—Maldita sea —gruñó de nuevo Nick Bolter—. ¡Maldita sea!

—Siento que se lo tome así —encogió los hombros Aleko—. Personalmente, hubiera preferido lo otro, pero, la verdad, no a cambio de mi vida.

—¿Stolz está pasando ahora por radio la oferta de usted a los jefes del Grupo? —preguntó Maggie.

—Así es.

—Bueno, pues sólo nos queda esperar la respuesta.

—Me pregunto —murmuró Nick, mirando alrededor— si no hay un medio de salir de aquí.

—Claro que lo hay —lo miró sorprendida Maggie—: tomar una de esas lanchas, abrir las compuertas, y salir a mar abierto. Pero eso, querido Nick, me parece que no está a nuestro alcance.

—Se podría intentar.

Maggie miró hacia el muelle, donde la vigilancia persistía sin descuido ni relajamiento alguno. Movi6 la cabeza.

—Yo no —susurró—. Yo prefiero esperar qué deciden los jefes del Grupo antes de tomar cualquier decisi6n suicida.

Una hora m6s tarde, el grupo de cuatro hombres lleg6 al muelle, reforzado por dos m6s.

—Ustedes dos —señal6 el jefe del grupo a Maggie y Nick—. Vengan con nosotros. No, usted no, señor Akoriasis: s6lo ellos.

—No me gusta esto —susurr6 Nick.

—En esta ocasi6n —susurr6 tambi6n Maggie— estoy de acuerdo contigo.

Pero pasaron al muelle, y, desde all6, estrechamente escoltados, fueron llevados hasta la escalera met6lica, luego al pasillo, y, como ya esperaban, finalmente fueron introducidos en el gran sal6n. Esta vez, Axel Stolz ya estaba esper6ndolos. Llevaba un bat6n de seda roja que hizo fruncir el ceño de Nick, y que provoc6 en Maggie una sonrisa divertida que apenas pudo disimular. Grotesco absolutamente, vaya si era grotesco aquel individuo. Pero adem6s, y Maggie volvi6 a verlo en los pequeños ojos verdes, de una maldad estremecedora. Axel Stolz era malvado, y eso era todo.

—Señorita Stone-Clayton —dijo melosamente Stolz—, tenga la bondad de desnudarse, y ti6ndase sobre la alfombra.

Nick Bolter hizo un gesto, que qued6 paralizado en el acto, cuando las seis metralletas se acercaron a 6l ominosamente. Stolz lo mir6, sonriente. Ten6a los dientes pequeños y amarillos.

—¿Hay algo que provoque su disconformidad, señor Bolter?

—Es usted un cerdo —jade6 Nick.

Una llama verde de furia apareci6 y desapareci6 en los ojos de Axel Stolz. Maggie se apresur6 a decir:

—No tengo inconveniente alguno en desnudarme, señor Stolz. Es m6s, voy a hacerlo ahora mismo, v6alo.

Lo hizo. En cuestión de segundos, quedó completamente desnuda ante los ocho hombres, siete de los cuales contemplaban con expresión lujuriosa el espléndido cuerpo de piel sedosa y dorada. La altivez de los senos pareció llamar preferentemente la atención de Stolz, porque se acercó y puso las manos sobre ellos, apretándolos. Maggie no reaccionó en modo alguno, mientras Nick apretaba las mandíbulas.

—Sin la menor duda —murmuró Stolz—, son los pechos más hermosos que he tocado en mi vida. Y seguramente lo mismo le ha sucedido a usted, señor Bolter. ¿O tal vez en alguna ocasión conoció una mujer más hermosa que su actual... amante? Porque si no recuerdo mal, usted me dijo que la señorita Stone-Clayton era su amante... Amante de usted y de nadie más, ¿verdad? Como ve, no he olvidado lo que dijo.

Nick Bolter estaba pálido y silencioso. Su mirada parecía querer perforar la de Stolz.

—Le voy a decir una cosa, señor Bolter —prosiguió malignamente Stolz—. Mis jefes han aceptado la oferta del señor Akoriasis, lo que significa que él vivirá, aunque, bien entendido, al servicio del Grupo a partir de ahora. Sin embargo, ustedes no nos sirven de nada..., como no sea para divertirnos un poco antes de matarlos. Y eso es lo que vamos a hacer todos: divertirnos. Yo, poseyendo a la señorita Stone-Clayton, usted, mirándolo, y mis hombres esperando su turno. Y cuando nos hayamos cansado todos de la diversión, los mataremos a ambos, y... aquí no ha pasado nada. Aunque tal vez, si la señorita Stone-Clayton me resulta a mí particularmente satisfactoria en esta primera vez la conserve para mí solo durante algún tiempo... De modo que ya lo sabe, señorita Stone-Clayton: ¿cree que puede resultarme usted particular y altamente satisfactoria?

—Ya lo creo que sí, señor Stolz —sonrió Maggie—. Por el momento, puedo decirle que me está gustando de manera especial el modo en que manosea usted mis pechos, así que... me gustaría besarle mientras lo hace. Puedo transportarlo al paraíso, señor Stolz.

—Pues hágalo, querida, hágalo —sonrió Stolz, sin dejar de sobar groseramente los hermosísimos pechos—... ¡Nunca he estado antes en el paraíso!

—Estará pronto allí —aseguró Maggie.

Y de pronto, moviéndose a tal velocidad que ninguno de los hombres alcanzó a ver claramente cómo lo hacía, se situó detrás de Axel Stolz, sus brazos pasaron bajo los de éste, y sus manos se encontraron en la nuca del hombre, entrelazando rápidamente los dedos. En menos de un segundo había quedado formada en la nuca de Axel Stolz la presa Dobie Nelson, y la barbilla del hombre entró en contacto con su pecho al forzar Maggie la cabeza, apretando hacia delante.

Cuando Maggie habló ninguno de los presentes había conseguido reaccionar todavía:

—Le puedo partir el cuello en un segundo, señor Stolz —dijo tranquilamente la espía industrial—, y eso es lo que voy a hacer si sus hombres no entregan sus armas al señor Bolter. *Ahora*, señor Stolz.

—Está loca —jadeó Stolz—. ¡No saldrán vivos de aquí!

—No saldríamos vivos de ninguna manera, ¿verdad? Pues, morir por morir, he pensado que ha llegado el momento de que Nick y yo demos que no somos dos mansos corderitos. Dispone usted de tres segundos para ordenar a sus hombres que dejen sus armas en manos de Nick. Uno, dos, t...

—Entregadlas —jadeó Stolz—... ¡Entregadlas!

—Pero nos matarán si lo hacemos...

—No queremos matar a nadie —dijo Maggie, apretando un poco más la cabeza de Stolz hacia el pecho—. Todo lo que queremos es escapar en sus lanchas rápidas, llevándonos al señor Stolz como rehén de seguridad.

—¡Entregad las armas! —chilló Stolz, con voz ahogada—. ¡Me va a matar...!

Hizo un gesto brusco, esperando sorprender a Maggie y liberarse de la presa, pero fue como pretender escapar de un dogal de acero. Las hermosas manos de la muchacha apretaron más, y se oyó un leve crujido. Stolz volvió a chillar, mientras parecía que sus pequeños ojos iban a saltar de las órbitas.

—¡Obedecedla! —aulló.

Nick Bolter dio un par de pasos hacia el jefe del grupo, y le quitó suavemente la metralleta. Los otros cinco, de mala gana, entregaron también las suyas, y Nick quedó convertido en el hombre mejor armado del petrolero.

—Muy bien —dijo—. Ahora, uno de ustedes irá a decir a sus compañeros que la señorita Stone-Clayton, Stolz y yo vamos a abordar una de sus lanchas. En la otra, colocarán todas las armas de mano de a bordo, y la amarrarán al yate. Saldremos de esta ballena todos los prisioneros. Y no lo olviden: si intentan detener el yate o la lancha en la que iremos nosotros tres, o intentan cualquier cosa, el primero en morir será Stolz. ¡Vamos, salgan de aquí ustedes dos! —señaló con la punta de la metralleta que empuñaba haciendo chocar entre sí las que colgaban de su cuello por medio de la correa.

Los dos hombres echaron a correr hacia la puerta, y se hallaban a tres o cuatro metros de ésta cuando se abrió de pronto, y otro de los hombres de Stolz entró como disparado, descompuesto el rostro en una mueca de espanto, y gritando:

—¡Señor Stolz, estamos bajo el fuego...!

Alcanzó a decir esto, y nada más. Se quedó mirando a Nick, que le apuntaba con la metralleta, y luego su mirada saltó hacia la escena que representaban Stolz y Maggie, la cual mantenía la presa.

—Pase, amigo, pase —dijo Nick amablemente—. ¿Qué decía de estar bajo el fuego de qué?

Maggie apartó de sí por fin a Stolz, empujándolo con tal fuerza que rodó por el suelo. Enseguida, Maggie se hizo cargo de la metralleta que empuñaba Nick, el cual descolgó otra de su cuello. Stolz tosía fuertemente, medio sentado medio tendido en el suelo. Sus hombres permanecían inmóviles.

—Le han hecho una pregunta, amigo —dijo Maggie.

El hombre volvió a mirar a Stolz, y murmuró:

—Estamos bajo el fuego de dos lanchas torpederas de la flota rusa del Mediterráneo.

Stolz se puso en pie de un salto, sin dejar de toser, de nuevo los ojos desorbitados, llenos de lágrimas. Sus hombres respingaron, palidísimos. Maggie demostró su desconcierto con un leve parpadeo. Nick Bolter sonrió.

—Stolz, venga aquí —dijo—. Quiero tenerlo a tiro en todo momento mientras usted da órdenes para que todo el personal de este maldito engendro se entregue sin resistencia alguna a los rusos.

—No —jadeó Stolz—. ¡No lo haré! ¡No lo haré *nunca*!

—¿De veras? ¿Qué pasa? ¿Teme que los rusos consigan alguna

información importante en este antro de asesinos?

—No hay nada, no conseguirán nada... ¡Es sólo mi cuartel general, no hay nada más, sólo mis hombres y yo, ésta es nuestra fortaleza, nunca la entregaré, nunca! ¡Nunca!

Nick Bolter parecía pasmado. Miró a Maggie, y movió la cabeza.

—¿Alguna vez viste un tipo tan cretino como el señor Stolz, querida? —preguntó.

—Incluso más cretinos que él —asintió Maggie—. Pero lo de cretino puede disculparse, cariño. Lo que no tiene disculpa alguna es que sea una mente criminal y malvada por naturaleza, y que la... ilusión de su vida sea seguir haciendo el mal y entrenar asesinos.

Para mí, eso es lo peor del señor Stolz.

—¿Sabes una cosa? ¡Para mí también!

La metralleta escupió una rociada de plomo, que alcanzó de lleno a Stolz en el pecho y en el rostro. El hombre fue arrancado del suelo y lanzado varios metros más allá, ensangrentado, muerto en el acto.

Para entonces, el simpático Nick Bolter volvía a apuntar su metralleta a los demás personajes. Su rostro parecía de piedra.

—¿Quién manda ahora aquí, después de Stolz? —preguntó.

—Bu-bueno, yo... yo podría... —tartamudeó el jefe del grupo armado de escolta—. Creo que quedo yo, señor Bolter.

—De acuerdo. Ahora, fíjese bien: o dentro de cinco minutos los rusos han ocupado este barco sin contratiempo alguno, o todos ustedes, los siete, serán los primeros en morir, aquí y ahora. ¿Me ha entendido?

—Sí... Sí, señor Bolter... Le he entendido.

CAPÍTULO VIII

Desde una de las lanchas torpederas rusas partieron los dos torpedos certeros que seccionaron en tres el petrolero abandonado. Los rusos sabían que jamás podrían llevarlo al mar Negro, y, además, pesó la decisión tomada por Nick Bolter en ese sentido: el nido de asesinos debía ser hundido.

Y se hundió. Es decir, comenzó a hundirse rápidamente, contemplado desde las dos lanchas rusas, en una de las cuales estaban prisioneros los hombres de Stolz, y desde el yate, en la cubierta del cual estaba la tripulación, Akoriasis, Maggie y Nick. El barcofactoría del griego, con su Gran Serpiente recogida y colocada en cubierta, pasaba a ser requisado por los rusos, que lo llevarían hasta el mismísimo centro de la flota rusa. Y ese barco sí podría ser llevado al Mar Negro.

Pero esto ya no preocupaba a Aleko Akoriasis, pues, a fin de cuentas, fuese con los rusos o con los americanos, parecía que iba a conseguir su objetivo.

Y sería con los rusos, por la sencilla razón de que Nick Bolter no era norteamericano, sino ruso.

—Bueno —sonrió Nick—, parece que todo va a terminar bien para usted, Aleko.

—Siempre y cuando ustedes cumplan su palabra —murmuró el griego.

—Sea usted consecuente, hombre. Si quisiéramos jugar sucio, todo lo que tendríamos que hacer es hundir este yate y llevarlo a usted, y a los demás, a Rusia.

Nadie lo sabría nunca. Sin embargo, hemos aceptado dejarle marchar a su residencia privada mientras en Rusia deciden sobre la Gran Serpiente. Tenemos la fórmula casi completa, tenemos el

barco-factoría, el material... lo tenemos todo. Con esto, la decisión de Moscú será, en uno u otro sentido, muy rápida. Si aceptan, yo le visitaré pronto para hacerle el primer pago, y usted me entregará la fórmula definitiva. Cobrará sus cuatrocientos millones de dólares restantes, y nosotros, los rusos, tendremos la exclusiva mundial de la Gran Serpiente...

—Cochino —masculló Maggie—. ¡Cochino embustero! ¡Bien me has engañado, me has tomado el pelo!

Nick Bolter, es decir, el agente secreto ruso Nikolas Vianof, miró fijamente a la muchacha.

—He cumplido mi palabra, ¿no es así? —murmuró—. Te debía un capricho, y cuando había decidido llevarte a Rusia conmigo y tú me dijiste que tu capricho era esperar junto a Aleko tus dos millones, acepté. La prueba es que estás aquí, no en una lancha rusa. Yo siempre cumplo mi palabra, Maggie. Siempre.

—Sobre todo cuando hacerlo no te representa ningún trastorno. ¿Para qué podía servirte yo en Rusia?

—Para hacer el amor, por ejemplo —sonrió Nick—. No puedo olvidar la belleza de tu cuerpo, querida.

—Eres un cerdo, Nick Bolter. ¡Te odio!

—Escucha, yo no tengo la culpa de cómo han sucedido las cosas, ¿verdad? Ni tengo la culpa de que *Sir* Cedric quisiera vender su invento al Grupo ni de que Arlington, que tal vez se enteró de algo de eso, decidiera sacar su propia tajada y nos hiciera la oferta a los rusos. ¿Qué querías? ¿Que te dijera de buenas a primeras que era ruso? ¿Por qué había de cometer semejante estupidez, sin saber quién eras tú? Fui amable contigo, ¿no es cierto?

—¿Y yo no lo fui contigo? —saltó Maggie.

Nikolas Vianof frunció el ceño.

—Espero visitarte en la residencia de Aleko antes de una semana —masculló—, cuando vaya a llevar el dinero. Si para entonces has reflexionado, bien. Si no, peor para los dos. Adiós.

Nikolas Vianof saltó a una de las lanchas con cañones que habían pertenecido a la dotación atacante del petrolero. A esa lancha estaba amarrada la otra, cargada con las armas. El espía ruso puso en marcha la primera, y partió hacia donde esperaban las dos lanchas torpederas de la flota rusa.

—Fue una suerte que los rusos estuvieran siempre en todo

momento cerca de Nick, ¿verdad? —dijo Aleko.

—Fue una cochinada —le miró vivamente Maggie—. ¡Yo dándomelas de salvadora, y resulta que el señor Bolter tenía cerca de él varios compañeros en todo momento! ¡Una cochinada! ¡Y una tomadura de pelo!

—Bueno, no se lo tome así —sonrió el griego—. A fin de cuentas, si los compañeros de Nick no nos hubieran visto zarpar, y nos hubieran seguido, no habrían sabido que Stolz nos había capturado, con lo que nunca habrían podido radiar el mensaje a su flota... ¡Caray, Maggie, usted nunca está contenta! ¡Y va a recibir dos millones de dólares!

—Pero ese... ese hombre... ¡me ha estado tomando el pelo!

—Escuche. —Aleko le puso a Maggie amistosamente una mano en un hombro—, no me estropee el placer de tenerla como invitada, se lo ruego. Podemos pasar unos maravillosos días en la isla griega donde tengo mi residencia privada, podrá pedirme lo que quiera, será la invitada mejor tratada del mundo. ¡Caray, ¿qué más quiere?!

* * *

Habría sido incluso sacrilegio. Durante aquellos cinco días la señorita Margaret Stone-Clayton lo tuvo todo: sol, descanso, la hermosa playa a mar abierto a su entera disposición, excelentes manjares, los mejores vinos, champaña francés del mejor del mundo, continuas atenciones por parte de Aleko Akoriasis y de sus criados...

Todo lo que había hecho durante aquellos cinco días había sido disfrutar de la vida hasta donde la situación podía permitir. Ni un solo contratiempo, ni un ruido molesto, ni siquiera un día nublado.

—Incluso me parece —dijo Maggie, observándose en el espejo de su cuarto de baño de mármol rosa— que he engordado un par de kilos. ¡Cielos, esto es terrible! Si Vianof tarda mucho más, no voy a poder resistirlo.

Hacía calor aquella tarde. Maggie se puso el albornoz, y abandonó el cuarto de baño. Poco después aparecía en la playa solitaria, se quitaba el albornoz, y se tendía en una de las extensibles a tomar el sol. Sabía que los criados de Aleko la espiaban frecuentemente cuando tomaba el sol desnuda, pero eso

era cuestión de ellos, no de ella. Además, eran tan amables que no podía tenerles en cuenta estas pequeñas granujerías.

Aquella tarde apareció, por fin, el agente ruso Nikolas Vianof.

La primera noticia al respecto fue el rumor de la lancha que se acercaba. Maggie se sentó en la extensible, y, para evitar el deslumbramiento del sol, que comenzaba a bajar, se puso el gracioso sombrero de paja.

Y así la encontró Nikolas Vianof cuando, tras varar la lancha en la playa, saltó a ésta y se acercó, lentamente, llevando un portafolios en la mano izquierda. Vestía un discreto traje de lanilla, llevaba corbata y zapatos negros. Estaba muy guapo, y no cojeaba en absoluto. El se detuvo ante ella, y sonrió.

—¿Qué tal? —saludó.

—Bien. ¿Cómo va tu herida?

—Estupendamente, gracias. Estás bellísima, Maggie.

—¿Vas a pedirme que hagamos el amor aquí, ahora mismo, en la playa?

—¿Por qué no? —sonrió de nuevo Vianof.

—Porque algunos criados de Aleko nos están mirando..., y alguno ya debe correr para avisarle de tu llegada. Nos encontraría en plena función.

—En ese caso, será mejor que lo dejemos para luego. ¿Cómo lo estás pasando? ¿Bien?

—Como una reina. Demasiado, francamente. Si he de serte sincera, estaba comenzando a aburrirme.

—Lo comprendo —murmuró Nikolas—. Y eso debe ser terrible para ti... ¿Vienes a la casa?

—Claro.

Maggie saltó de la extensible, se puso el albornoz, y echó a andar hacia la casa. A mitad de camino apareció Aleko Akoriasis, casi corriendo, y saludó efusivamente a Nikolas Vianof, que le sonreía amistosamente.

—¿Sabe, Aleko? Gracias a usted he conseguido uno de los mejores triunfos de mi carrera. La Gran Serpiente ha merecido el interés de Moscú. Con ella, según he entendido, Rusia pasará a controlar el transporte de petróleo en todo el mundo dentro de muy poco. Digamos que su triunfo será... moral, más que otra cosa. Y por supuesto, económico. Estados Unidos tendrá que pagar mucho

si quiere disponer en un momento dado de la Gran Serpiente. Aunque repito: lo que más ha interesado en Moscú es ese triunfo moral de ofrecer algo bueno al mundo: eso aumentará nuestro prestigio, ¿no le parece?

—Desde luego. Y me alegro mucho.

—Es usted un hipócrita —deslizó Maggie—. Si Nick hubiera sido norteamericano habría sido lo mismo para usted, ya lo dijo.

—No le haga caso —rió Vianof—. Está enfadada, y no comprendo por qué: le traigo sus dos millones de dólares, en efectivo. Y no ha sido fácil conseguirlos.

—¿Y mis cincuenta millones? —saltó Akoriasis.

—En un cheque contra un banco suizo. Puede hacerlos efectivos cuando guste. Yo estaré esperando en Zurich, y cuando todo esté a su satisfacción me entrega el resto de la fórmula. ¿Fue así como lo convinimos, Aleko?

—Sí... Sí. Bueno, vamos a la casa. ¡Esto hay que celebrarlo! Tengo *brut* de Moet Chandon bien frío. ¿O prefiere usted vodka, Nick?

—Veamos qué dice la distinguida señorita Stone-Clayton... ¿Qué debo tomar, cariño?

¿Vodka o champaña?

—El *brut* es bueno a cualquier hora —refunfuñó Maggie—, y perjudica mucho menos que el vodka.

—¡Entonces, tomaré *brut*! —Se echó a reír el espía ruso.

* * *

—Excelente cena —suspiró Nick Bolter—. ¡Excelente!

—Pues a mí me parece que no ha comido casi nada, Nick —dijo Aleko—. Lo suficiente. Es que tengo que conducir de noche.

—¿Conducir? Conducir... ¿qué? No comprendo.

—La lancha, hombre, la lancha. Debo regresar esta misma noche a Atenas, pasar el informe de que todo está en orden, y preparar mi viaje a Zurich para esperarle allá.

—Bueno —se decepcionó Aleko—, había pensado que lo tendría como invitado un par de días, Nick.

—Nikola —corrigió suavemente el espía ruso—. Y se lo agradezco mucho, Aleko, pero no me es posible quedarme. De modo

que concretemos la cita. Es lo último que queda por hacer, ya que usted tiene su cheque y Maggie su dinero...

Ésta permanecía silenciosa. Y en silencio permaneció mientras Aleko y Nikolas Vianof concretaban los últimos detalles. Hecho esto, Nikolas Vianof se sirvió la última copa de champaña, que tras la cena había seguido degustando en el salón de la villa mientras el griego y Maggie tomaban café.

—Lo malo de las cosas buenas —esbozó Nikolas una sonrisa— es que uno se acostumbra fácilmente a ellas. Aunque —miró de pronto a Maggie— tal vez Rusia no te parezca lo suficientemente buena para ti, en cuyo caso, creo que podría arreglármelas para vivir en Istanbul, Atenas, e incluso Roma..., siempre sin dejar el servicio, claro.

—¿Qué quieres decir? —Reaccionó por fin Maggie.

—Incluso podrías trabajar conmigo de cuando en cuando. Soy un buen espía de acción, pero sin duda tu ayuda me resultaría útil de cuando en cuando. Maggie, te estoy pidiendo que te vengas conmigo... para siempre.

—No.

—Bueno, según parece tú no estás enamorada de mí como yo de ti. Y por supuesto, no me amas como yo a ti.

—Déjame en paz.

Aleko Akoriasis miraba de uno a otra alternativamente.

—Bueno, no es que pretende influir en... —empezó.

—¡Usted se calla! —Le miró airadamente Maggie—. ¡No tiene nada que decir en esto, ¿se entera?!

Akoriasis puso cara de enfurruñado, y apretó los labios. Nikolas Vianof terminó su copa de champaña, la dejó sobre la mesita, y tendió la mano al griego.

—Hasta Zurich, Aleko. Y no se moleste en acompañarme. Se está muy bien aquí —el griego hizo un gesto para incorporarse, pero Nikolas le frenó por un hombro—. De veras, no me acompañe. Si acaso, es otra persona la que tendría que hacerlo.

Miró a Maggie, que ahora estaba mirando al suelo.

Ella no reaccionó. Nikolas fue hacia la puerta, y se volvió a mirarla de nuevo.

—Adiós, Maggie —susurró.

Maggie Stone-Clayton ni siquiera respondió. Nikolas Vianof salió

del salón.

Dos minutos más tarde se oía, lejano y apagado, el zumbido del motor de la lancha, que en pocos segundos se perdió en la distancia. Ni Aleko ni Maggie reaccionaban. Uno de los criados de la casa apareció en el salón, y dijo algo en griego, retirándose acto seguido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Maggie.

—Que Vianof se ha marchado, lo ha visto hacerlo... ¡Se ha marchado!

Y de pronto, para sorpresa de Maggie, Aleko Akoriasis rompió a reír estruendosamente, dándose palmadas en los muslos. Maggie lo estuvo observando unos segundos antes de preguntar:

—¿Cuál es la gracia? ¿Hay algún chiste que yo no he sabido entender?

Aleko continuó riendo. No podía contenerse. Reía, reía, reía tanto que incluso se atragantó, y tuvo que recurrir al champaña para desahogarse un poco.

—Perdone —dijo entre risas y toses—. ¡Es que no puedo evitarlo, no puedo!

—Dichoso usted, que tiene ganas de reír. Me gustaría saber de qué, para reír yo también.

—Pues... Bueno, ¿por qué no? ¡Tengo que decírselo a alguien, tengo que reírme con alguien! ¡Es algo tan... fantástico, tan formidable, que tengo que contárselo a alguien, Maggie!

—Soy toda oídos, se lo aseguro.

—Verá, son cosas que... ¡Venga a mi despacho, venga!

Le tendió una mano, que Maggie aceptó. Salieron del salón, y segundos más tarde entraban en el amplio despacho del griego, que encendió todas las luces. Enseguida se acercó a una de las paredes adornadas con un par de cuadros, y tiró de una anilla que parecía pender del techo, un gran mapamundi bajó, ocupando casi todo el paño de pared. Akoriasis miró a Maggie esperando ver su gesto de sorpresa, o cuando menos de curiosidad, pero la muchacha se limitó a parpadear y a volver a mirarlo a él.

—¿Lo ve? —rió Aleko—. ¿Lo ve?

—Claro. Un mapamundi.

—Pero... ¿no ve las rayitas rojas, en todos los mares pequeños? El Caribe, el Mar de la China, el del Japón, el Mar del Norte, el Adriático... ¡Todos aquellos de los que hablamos!

¿Las ve?

—Por supuesto. Son las rutas que en el futuro seguirá la Gran Serpiente, supongo.

—¡En efecto! ¡La Gran Serpiente! ¡La Serpiente que estrangulará al mundo entero! ¡Y me van a pagar por ello! —soltó una estruendosa carcajada—. ¿No tiene gracia? ¡¿No tiene gracia?!

—Me temo que no lo entiendo bien, Aleko.

—Empecemos por el principio —dijo Aleko, dejándose caer en el sofá—. Oh, pero venga a sentarse aquí, Maggie... No, no a mi lado: ¡en mis rodillas!

Ella se lo quedó mirando unos segundos. Luego, lentamente, se acercó, y se sentó en sus rodillas. Aleko apretó una de ellas, y luego subió la mano por el muslo, el vientre, y llegó a los pechos, que acarició por encima de la ropa, sin que Maggie reaccionara.

—Ah, sí —dijo Aleko—, es usted una mujer de excepcional calidad, Maggie. ¡De excepcional calidad! Comprendo perfectamente que ese ruso se haya enamorado, que la ame... ¡Lo comprendo!

—¿Usted también me ama? —murmuró Maggie.

—Bueno, digamos que no me molestaría tenerla conmigo para... disfrute de ambos. Pero, no nos engañemos: hay muchas mujeres tan bonitas o más que usted en el mundo... ¡Y no son tan inteligentes ni audaces! Creo que estaría siempre un poco... inquieto, teniéndola cerca. Oh, pero estábamos en lo de mi risa... ¡No he podido contenerme, de veras!

—Espero que a mí también me haga gracia.

—Tengo mis dudas, pero en fin... Naturalmente, recuerda usted a Arlington.

—Naturalmente. Lo recuerdo todo y a todos, Aleko.

—Sí, estoy seguro de eso. Bueno, pues sepa usted que todos han estado obedeciendo órdenes mías, aunque, claro, sin saber que estaban destinados a morir. ¿Va comprendiendo?

—Tal vez.

—Sí, mujer. Mire, no es cierto que *Sir* Cedric me traicionara, ni que lo hiciera Arlington. Fui yo mismo quien, simulando ser Cedric Updike, informé al Grupo de lo que se estaba preparando. Y fui yo quien envió a Arlington al zoo de Marsella a verse con el agente ruso que los rusos dijeron al hombre que les envié que colocarían en

Marsella para el contacto. En cuanto a Arlington, le conté un cuento Chino para que representara el papel cuando acudiera el agente ruso al zoo... ¿Y sabe por qué todo esto?

—Porque usted quería eliminar a *Sir Cedric*, a Arlington, y al otro ayudante, Dennison —murmuró Maggie.

—¡Exactamente! Así que envié a Arlington al zoo. Apenas él salió de la casa, mis hombres... especiales mataron a *Sir Cedric* y a Dennison, y fueron al zoo en pos de Arlington. Éste, siguiendo mis instrucciones, hizo su papel simulando querer vender la fórmula a los rusos. El pobre Arlington me pidió explicaciones, pero le dije que las tendría a su debido tiempo... ¿No es sorprendente la docilidad e ingenuidad de algunas personas?

—Muy sorprendente. Aunque menos que la maldad de otras, Aleko. Yo puedo comprender que haya personas dóciles e ingenuas, pero nunca he podido asimilar el hecho de que existan personas como Axel Stolz... o usted mismo. Nunca.

—Pues existen —rió Aleko—. ¡Vaya si existen! ¡Ese pobre Arlington...! Cuando vio aparecer a mis hombres especiales, es decir, un grupo últimamente contratado que él no conocía, debió pensar que la cosa se estaba complicando, que aquellos hombres eran rusos, y que Nick Bolter, del cual aceptó que dijera ser americano debido a la presencia de usted, le estaba traicionando en algo que yo había asegurado que no entrañaba peligro alguno. Sí, Arlington se asustó de su papel que no comprendía, y entonces... mis hombres especiales le mataron. Luego, fueron a la casa donde estaba muerto *Sir Cedric*, a la espera de más acontecimientos que, como yo esperaba, se produjeron. Si hubieran llegado agentes rusos avisados por Bolter, habrían disparado contra ellos y habrían escapado. Luego, cuando los rusos finalmente me encontraran, yo diría que todo había sido obra del Grupo..., y así, los rusos me habrían protegido del Grupo, y hasta posiblemente los habrían eliminado, como así sucedió, de un modo u otro. Pero las cosas no ocurrieron exactamente así desde el principio, al intervenir usted, de cuya existencia yo no tenía noticias. No obstante, esa intervención suya no estropeó nada: sirvió para llevar a Bolter a la casa de Avenue du Parc Borély, y mis hombres, que me avisaron, los... recibieron y se mostraron dispuestos a matarlos, cosa que no habrían hecho, en definitiva. Pero, además, eran ellos los que

estaban condenados a muerte, pues mis hombres de siempre, ya bien apercebidos, aparecieron cuando los otros, siguiendo mis instrucciones, dijeron lo suficiente para que ustedes creyeran que se las estaban viendo con unas personas a las que yo, más adelante, llamaría El Grupo. Total, Maggie, que murieron las personas que sabían la verdad sobre la Gran Serpiente, me quedé propietario exclusivo de ella..., y todo fue saliendo según mis planes. Lógicamente, los rusos no podían dejar solo a un hombre como Nick Bolter, así que, siempre a distancia, le apoyaban... Usted no se dio cuenta de eso, ¿eh?

—Tal vez no —susurró Maggie.

—¡Claro que no se dio cuenta! Pero yo sabía que los rusos nos seguirían, y que en el momento adecuado, capturarían el petrolero, como así sucedió también. Y ello porque yo, durante mi conversación con la radio del petrolero, *sabía* que los rusos estaban cerca, que nos tenían localizados, y que estaban escuchando la conversación... Por eso hablé claro por la radio. ¡Y allí aparecieron los rusos!

—Según todo esto, ese grupo al que decidimos llamar Los Extraños, es usted mismo, Aleko.

—¡Claro! ¡Claro que soy yo!

—Pero no comprendo... ¿Por qué todo esto? Si quería vender su Gran Serpiente a los rusos, no había necesidad de tanta complicación ni tantos asesinatos...

—Yo quería quitar de en medio a *Sir* Cedric y sus ayudantes y al Grupo. Y decidí que los rusos me ayudaran... ¿No lo entiende? ¡Los rusos me han estado ayudando en todo momento, me han pagado por ahora cincuenta millones de dólares, ellos mismos van a fabricar y hacer instalaciones de la Gran Serpiente primero en sus mares, y luego, por medio de concesiones, en todos los mares del mundo...! ¡Ellos mismos lo han hecho y lo van a hacer todo! Y cuando todo esté hecho, cuando todos los pequeños y hasta algún que otro gran mar tenga su Gran Serpiente... ¡habrá llegado mi momento!

—El momento ¿de qué?

—Lo primero de todo será borrar el nombre de Turquía de la faz de la Tierra. Todo cuanto pueda ser relacionado con los turcos desaparecerá..., ¡incluso su Historia! Será... como si Turquía no

hubiera existido jamás, porque Turquía, empezando por la isla de Chipre, pasará a ser formalmente territorio griego... para toda la eternidad. Y entonces, yo seré Rey de Grecia primero, y Rey del Mundo muy poco después.

—Felicidades. ¿Y cómo conseguirá eliminar a Turquía, a los millones de turcos?

—Los rusos lo harán. Y los americanos, si ya han instalado la Gran Serpiente en sus mares y costas. Todos aquellos que tengan instalaciones de la Gran Serpiente me obedecerán en el futuro, y mi primera orden será ésa: la extinción de Turquía, de su Historia, y de todos los turcos del mundo. ¿Y sabe por qué los rusos, los americanos y otros muchos obedecerán mis órdenes de exterminar Turquía?

—¿Por qué?

—Pues porque si no lo hacen, mi Gran Serpiente me obedecerá, y todo el petróleo que esté contenido en ella en todos los pequeños mares quedará libre, y provocará una marea negra mundial que acabaría para siempre con toda la vida marina en el planeta Tierra. ¿Y sabe por qué se provocaría esa marea negra mundial, Maggie?

—Me temo que no.

—Pues porque todavía me he reservado un último detalle de la fórmula, un detalle que fue el que asustó a *Sir Cedric*: es un aditamento al petróleo crudo que, en cuestión de horas, convertiría éste en un corrosivo fortísimo, de tal modo que la Gran Serpiente comenzaría a agrietarse y a reventar en todos los conductos en los que fuera vertido junto con el crudo. Y como para hacer eso tengo que esperar quizá diez años a que todo el mundo esté lleno de Grandes Serpientes, tengo tiempo suficiente, con los quinientos millones que habré conseguido de los rusos, para ir formando mi inicial ejército privado y fidelísimo que, en su momento, actuando simultáneamente en todo el mundo, vertería el aditamento corrosivo en cientos de puntos de bombeo... ¿Lo entiendes ahora? A partir de dentro de diez años, o de doce, ¡no tengo prisa especial!, se acabará Turquía. ¡Adiós para siempre, Turquía, y viva el nuevo Rey de Grecia, Su Majestad Aleko Akoriasis!

—Y a lo mejor —dijo amablemente Maggie—, hasta podría llegar a ser Rey del Mundo, o algo así, Aleko.

—¿Por qué no? —rió Aleko—. ¡¿Por qué no?!

—Ojalá que lo consiga, querido. Y en cuanto a mi..., ¿qué clase de vida me espera?

Porque usted y yo somos buenos amigos, ¿no es cierto?

—Sí... Muy buenos amigos. Aunque en estos cinco días no me ha parecido usted muy amistosa, Maggie.

—Oh, estaba esperando que Nick viniera... y volviera a marcharse, para estar segura de no verlo jamás. Y ahora que ya se ha marchado para siempre...

Aleko parpadeó. Dejó de apretar las formas de Maggie por encima de la ropa, miró el profundo escote del vestido de noche, y acto seguido comenzó a bajar un tirante, deslizándolo lentamente por el hombro de Maggie. Muy pronto los senos de ésta estuvieron ante la ávida mirada del griego, que se inclinó a besarlos, susurrando:

—Ahora, en efecto, ya nadie nos molestará...

* * *

Una figura se despegó del agua en la playa, y corrió, inclinada, hacia los más cercanos matorrales, chorreando. Allí se detuvo, y durante unos segundos estuvo esperando, pero nada sucedió. Nadie había visto la sombra.

Y así, Nikolas Vianof, se halló de nuevo en la isla donde Aleko Akoriasis tenía su hermosa villa, apenas a doscientos metros, tan cerca que se veían las luces de la casa.

El espía ruso depositó en el suelo el paquete metido en la bolsa impermeable, abrió ésta, y lo primero que sacó fue un mono de gruesa toalla negra, que se puso rápidamente, para aliviarse del frío de las aguas. Luego, simplemente, desenvolvió la pistola provista de silenciador... Mientras tanto, la lancha, con el piloto automático puesto, seguía navegando mar adentro, donde sería recogida por dos compañeros que esperaban en otra lancha más veloz.

Todo muy sencillo.

Cuando Nikolas Vianof comenzó a caminar hacia la casa todo parecía simple, sencillo.

Sin embargo, el primer sobresalto lo tuvo cuando, pese a su sigilo caminando entre las sombras, casi se dio de frente con un hombre, que rió y comenzó a decir algo en griego... Sólo comenzó,

porque el hombre, al instante siguiente, se llevó el gran susto de su vida, y se quedó sin voz al darse cuenta de que no le había gastado la broma del susto a un compañero, sino a otra persona... Incluso tuvo tiempo de reconocer al anterior visitante de su amo, el señor Akoriasis. Pero nada más.

Recibió un rodillazo tremendo en los testículos, que lo dejó sin aliento, y, cuando abrió la boca con gesto angustiado, un cruzado al hígado que, definitivamente, lo dejó sin aliento; cayó hacia delante, poco menos que muerto. Tardaría mucho mucho rato en recuperarse medianamente.

Nikolai recogió del suelo el rifle del hombre, titubeó, y acabó por esconderlo entre unos arbustos. Luego, continuó caminando hacia la casa.

El siguiente encuentro ya no le pilló de sorpresa, pues gracias al anterior sabía que tenía que haber por allí otro hombre. Y éste sí se llevó la gran sorpresa cuando Nikolai apareció ante él y le puso la punta del silenciador en la garganta. Tan gran sorpresa que quedó inmóvil y mudo.

—Deja caer el rifle —dijo en inglés—, date la vuelta, y camina hacia la casa. Sé que en ésta hay tres criados, pero... ¿cuántos hombres más hay por aquí fuera? Aparte de tu compañero que ya he liquidado, se entiende.

El hombre palideció, se vio su blancura facial en la semioscuridad.

—Sólo... sólo somos dos —jadeó—. ¡Sólo dos, aquí fuera!

—Ya. Esto no es el yate, ¿verdad? Muy bien, camina hacia la casa, llama a la puerta, y pide a los tres criados que acudan. Si haces cualquier tontería te mataré, como a tu compañero.

Retrocedió un paso. El hombre ya había soltado el rifle. Dio media vuelta y echó a andar hacia la casa. Nikolai iba tras él y un poco a su izquierda, siempre interponiendo al hombre entre él y la casa.

Pero nada sucedió. Llegaron ante la puerta, y el hombre llamó. Al poco abrió uno de los criados, tranquilamente. Se quedó con la boca abierta al captar la situación; abierta y muda.

—Ven aquí —llamó Nikolai—. Y tú, llama a los otros dos.

El criado se acercó. Nikolai alzó la mano armada, y el hombre se protegió la cabeza, que era lo que esperaba Nikolai para aplicarle

un zurdazo al estómago que terminó la cuestión. El rostro del hombre se desencajó, puso los ojos en blanco, y cayó al suelo. El otro estaba llamando a los otros dos, con voz un tanto crispada. Dejó de vocear al recibir el golpe con el cañón de la pistola en la parte posterior de la cabeza.

Nikolai arrastró rápidamente a los dos hombres a un lado de la puerta, afuera, y acto seguido se colocó pegado a la pared. A los pocos segundos salieron los otros dos hombres, haciendo preguntas excitadamente en griego. ¡Par de bobalicones!

Respingaron al ver a Nikolai de pronto ante ellos, apuntándoles con la pistola.

—Se-señor Bolter... —jadeó uno de ellos.

—Hola, Giorgio, servicial camarero —sonrió Nikolai—. Hazme un favor, ¿quieres?: vuélvete de espaldas.

—No... No, por favor, no...

—No voy a matarte, hombre. ¿Dónde está tu amo?

—En... en su despacho, con... con la señorita...

Nikolai asintió, y con un gesto ordenó de nuevo el giro de los dos hombres. Giorgio lanzó de pronto un ahogado grito, y se abalanzó contra Nikolai. Es decir, lo intentó. Recibió un puntapié en el bajo vientre que lo abatió como fulminado. El otro había saltado también contra Nikolai, y llegó a caer sobre éste.

Exactamente: sobre éste. Y ello porque Nikolai se inclinó, recibió al sujeto sobre los hombros, y se irguió bruscamente, lanzándolo por el aire más de un metro por encima de su cabeza. El hombre chilló, cayó de espaldas, y pareció que fuese a saltar en pedazos. No pudo ni siquiera quejarse. Quedó como muerto...

* * *

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Aleko, separando su cuerpo bruscamente del de Maggie.

Se puso en pie de un salto sobre la alfombra, y, tan desnudo como la espía industrial, corrió hacia la mesa del despacho, de la cual sacó una pistola.

—Pero... ¿qué te pasa? —consiguió por fin exclamar Maggie.

—¿No has oído un grito?

—Claro que no, ¡qué tontería! Ven... Ven a mis brazos...

Aleko Akoriasis titubeó. Por fin, regresó junto a Maggie, pero sin dejar la pistolera. Justo en el momento en que parecía que iba a tenderse de nuevo junto a ella la puerta del despacho se abrió, y Aleko apuntó hacia allí rápidamente..., mientras Maggie le asía por ambos pies y tiraba de ellos fuertemente. Aleko gritó, manoteó en el aire soltando la pistola, y cayó de espaldas; su cabeza resonó blandamente sobre la gruesa alfombra.

Cuando se sentó, sacudiendo la cabeza, su pistola estaba en la mano de Maggie, y, en la puerta, Nikolai Vianof le apuntaba con la suya provista de silenciador. La total consciencia regresó a toda velocidad a la mente de Aleko Akoriasis. —Nick— jadeó.

Éste ladeó la cabeza, entornó los párpados y miró a Maggie.

—¿Llego a tiempo? —susurró.

—No —replicó ella—. Ya me ha tenido... ¡Has tardado demasiado!

El espía ruso apretó un instante los labios, y su mirada regresó, dura y fría, hacia el griego, pero continuó hablando con la muchacha:

—¿Yo tenía razón? ¿Has sabido algo, has podido sonsacarle algo definitivo...?

—Todo —dijo ella—. Lo sé todo. ¡Pero me ha...!

—¡Ya te he oído antes! —gritó Nikolai— ¡No hace falta que repitas tanto las cosas desagradables!

—Está bien. Nikolai, él está loco, es un asesino... ¡Quiere borrar Turquía del mapa, y provocar una marea negra en todo el mundo!

—Pues por eso, y por lo tuyo, la función ha terminado.

—¡No! —gritó Aleko—. ¡Nick, podemos...!

Plop, disparó el agente ruso.

ESTE ES EL FINAL

—Desde luego, eres un hombre extraordinario —dijo Maggie—. Te portas con toda delicadeza no matando a ninguno de aquellos cinco hombres, y en cambio a Aleko lo mataste fríamente.

—Son cosas que pasan —gruñó Nikolai.

—De todos modos —reflexionó la muchacha—, era lo mejor que se podía hacer con un sujeto como él. Primero creí que estaba loco, pero pronto me di cuenta de que, simplemente, odiaba a los turcos como a nadie en el mundo... ¡Por Dios, quería asesinar a millones de personas...! ¿Cómo sospechaste que estaba haciendo un... extraño juego particularísimo?

—Porque se me ocurrió que Los Extraños no tenían justificación..., a menos que alguien que ya estaba dentro del juego los estuviese dirigiendo. Axel Stolz, no, que contaba con hombres mucho mejor preparados que aquellos asesinos de Marsella. ¿Entonces...? Pues quedábamos Aleko, tú y yo, ¿verdad?

—Y no sospechaste en mí... ¡Cuánto te amo, Nikolai!

Se abrazó a él. Estaban en la cama, en el dormitorio de un pequeño apartamento que Maggie había alquilado en Portofino, frente al mar, a la espera de que Nikolai terminase definitivamente el asunto en Moscú y se reuniera con ella..., lo que, contra los temores de la muchacha, había sucedido. Todo había ido bien hasta entonces, desde que Nikolai llegara la tarde anterior.

Pero, de pronto, Nikolai Vianof la apartó, se sentó en la cama de un salto, y aulló:

—¡Maldita sea, no puedo soportarlo! No me importa que antes hayas amado a otros hombres, si así ha sucedido, ¡pero no puedo soportar que ese cerdo te...! ¡Maldito sea! —Bueno, Nikolai— murmuró ella, —bien tenía que... que distraerlo para que pudieras

sorprenderlo...

—¡Ya lo sé, pero me muero de rabia! ¡El no, maldito sea, él no!

—La verdad es que no tuvo tiempo —sonrió de pronto Maggie Stone-Clayton—, pues supe arreglármelas, porque sabía que no tardarías. Pero quería conseguir esto, verte furioso... ¡Y lo he conseguido! ¿Significa eso que me amas verdaderamente, Nikolai?

Éste la miró con ojos desorbitados.

—Maggie, no me gustan estas bromas. ¡Y si hemos de seguir juntos toda la vida...! —Eso es, justamente. Lo que quería oírte decir— susurró Maggie.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...